

moderno no quiere decir que sea el *único* medio; evidentemente no lo es. Existen muchas otras formas de interacción social, tales como aquellas entre padres e hijos, entre alumnos y profesores y entre parejas, que continúan desempeñando un rol fundamental en este sentido. Los primeros procesos de socialización en la familia y la escuela son en muchos sentidos decisivos para el desarrollo posterior del individuo y para su autorrepresentación. Sin embargo, no debemos perder de vista el hecho de que, en un mundo cada vez más impregnado por los productos de las industrias mediáticas, ha surgido un nuevo escenario a partir del proceso de autoactualización. Se trata de un escenario estricto con las obligaciones espacio-temporales de la interacción cara-a-cara y, dada la accesibilidad de la televisión y su expansión global, cada vez más asequible a los individuos de todo el mundo.

## 2. Los *media* y el desarrollo de las sociedades modernas

Algunas características distintivas del mundo moderno son el resultado de un conjunto de transformaciones institucionales que se iniciaron en Europa a finales de la Edad Media y a principios de la era moderna. Estas transformaciones fueron complejas y variadas; afectaron a algunas regiones de Europa, y en consecuencia, a algunas partes del mundo de manera más temprana y con mayor intensidad que en otras. También se dieron transformaciones contingentes, en el sentido de que dependían de condiciones históricas específicas; si algunas de estas condiciones hubieran sido distintas, y pudieron serlo, con seguridad hubieran dado lugar a resultados distintos. Sin embargo, una vez que estas transformaciones estuvieron en marcha adquirieron ímpetu por ellas mismas. Aparecieron nuevas instituciones que expandieron el alcance de sus actividades. Las prácticas tradicionales quedarían eclipsadas de manera gradual por los nuevos tipos de acciones, nuevos convencionalismos y nuevas formas de asociación. El impacto de estas transformaciones se dejó sentir de manera creciente más allá de los centros urbanos en expansión y de los Estados que iban constituyéndose en Europa. A través de la explora-

ción, el comercio y la colonización, otras partes del mundo fueron atraídas paulatinamente hacia un proceso de transformación institucional que se inició en Europa y que acabaría teniendo un alcance global.

¿Cuáles fueron las principales transformaciones que tendrían como resultado la constitución de las sociedades surgidas a principios de la Europa moderna? Gracias al trabajo de pensadores clásicos como Marx y Weber, así como a las más recientes investigaciones llevadas a cabo por historiadores sociales y por sociólogos de la historia, algunas de las principales transformaciones institucionales han quedado esclarecidas. En primer lugar, el surgimiento de sociedades modernas implicó un conjunto característico de cambios económicos a través del cual el feudalismo europeo fue transformándose poco a poco en un nuevo sistema de producción e intercambio capitalista. En segundo lugar, el desarrollo de las sociedades modernas se caracterizó por un proceso distintivo de cambio político, por el cual las numerosas unidades de la Europa medieval fueron reduciendo su número de manera gradual y encajando dentro de un sistema de Estados-naciones, afirmando cada una su soberanía sobre un territorio claramente definido y ejerciendo un sistema de impuestos y administración centralizado. En tercer lugar, parece claro que la guerra y sus preparativos jugaron un papel crucial en este proceso de cambio político; con el desarrollo de las sociedades modernas, el poder militar fue paulatinamente concentrándose en manos de Estados-nación que, como Max Weber apuntó en cierta ocasión, estaban en posición de reclamar el monopolio del legítimo uso de la fuerza dentro de un territorio dado.

Estas amplias líneas de transformación institucional parecen relativamente claras y la bibliografía universitaria reciente les ha prestado mucha atención. Lo que queda menos claro, a pesar de todo, es establecer si el desarrollo de las sociedades modernas se ha caracterizado por transformaciones sistemáticas de lo que, en sentido amplio, podría llamarse el dominio «cultural». En este punto, el legado de los pensadores sociales clásicos resulta menos esclarecedor y útil. Marx, en cierta manera, parece dar por sentado que el desarrollo del modo de producción capitalista llevaría a la progresiva desmitificación del mundo social: los valores tradicionales y creencias que rodeaban las relaciones sociales en el pasado serían barridas por las brutales realidades económicas de la producción y del intercambio capitalista. Weber concedió más atención al desarrollo en el dominio cultural, y lo consideró

más autónomo y complejo de lo que sugieren los textos de Marx. Sin embargo, los temas que Weber analiza —la diferenciación de esferas de valores, la racionalización de la acción y el desencanto de la manera tradicional de ver el mundo— siguen siendo controvertidos y, en algunos aspectos, difíciles de sostener. Que el desarrollo de las sociedades modernas haya implicado un proceso distintivo de transformación cultural es, cuanto menos, incierto.

En este capítulo argumentaré que la incertidumbre respecto al proceso de transformación cultural procede, en ciertos aspectos, del hecho de que los teóricos sociales y otros estudiosos han estado buscando los signos del cambio cultural sistemático en la dirección equivocada. Han tratado de detectar amplios cambios en los valores y en las creencias, en las actitudes y en las inclinaciones personales, en lo que algunos historiadores franceses recientes llamarían *mentalités*. Tales cambios, en la medida en que han ocurrido, son sin duda interesantes y relevantes; sin embargo, también son, por su misma naturaleza, evasivos, variados y en extremo complejos. Los cambios que ocurren en una región o clase podrían no ocurrir en otra, o podrían ocurrir de maneras totalmente diferentes, a niveles y con consecuencias totalmente distintas. De aquí que resulte difícil establecer conclusiones generales sobre el cambio cultural que pueda sostenerse ante la evidencia de la variedad y el conflicto. Sólo se necesita traer a colación el continuo debate sobre la tesis de secularización —ésta es la tesis según la cual el desarrollo de las modernas sociedades industriales se acompaña del declive del papel y del descrédito de las creencias religiosas— para convencerse de lo difícil que resulta generalizar sobre los cambios en los valores y creencias.

El argumento que desarrollaré en este capítulo es el siguiente: cambiando el punto de mira, podemos discernir una amplia transformación en el dominio cultural que es, a la vez, más sistemática y queda más perfilada. Si en un **primer momento nos** centramos no tanto en **los valores, actitudes** y creencias, sino **más bien en las formas simbólicas y en sus modos de producción y circulación en el mundo social**, entonces deberíamos darnos cuenta de que, con el advenimiento de las **sociedades modernas** a finales de la edad media y **principios del período moderno**, tuvo lugar una transformación cultural sistemática. En virtud de una serie de innovaciones técnicas asociadas con la impresión y, posteriormente, con la codificación electrónica de la información, se produjeron, reprodujeron y pusieron en circulación **formas** simbóli-

cas a una escala sin precedentes. Las pautas de comunicación e interacción empezaron a cambiar de manera profunda e irreversible. Estos cambios, que comprenden lo que en sentido amplio podría ser llamado «mediatización de la cultura», tuvieron unas claras bases institucionales: es decir, el desarrollo de las organizaciones mediáticas que aparecieron en la segunda mitad del siglo XV y que desde entonces han expandido sus actividades. Centrándonos en las actividades y productos de estas organizaciones, y examinando las maneras en las que sus productos han sido retomados y utilizados por los individuos podemos comprender las transformaciones asociadas con el surgimiento de las sociedades modernas.

En este capítulo resaltaré algunos de los aspectos claves de la *mediatización* de la cultura desde finales del siglo XV hasta el presente. Empezaré examinando con más detalle las principales líneas de transformaciones institucionales que caracterizan a las sociedades modernas. A continuación me concentraré en el desarrollo de la imprenta y de la prensa periódica a principios de la Europa moderna, destacando algunas de las maneras en que estos desarrollos han alterado las redes de comunicación preexistentes y las relaciones de poder establecidas. En este contexto tendré en cuenta algunos argumentos de carácter más teórico concerniente al impacto de la imprenta en Europa a principios de la época moderna. Concluiré destacando algunas de las transformaciones más importantes de las industrias *mediáticas* desde comienzos del siglo XIX, de manera que prepararé el terreno para los posteriores capítulos.

### *Algunas dimensiones institucionales de las sociedades modernas*

¿Cómo deberíamos caracterizar las principales transformaciones institucionales que empezaron a tomar forma en Europa a finales de la Edad Media y que conjuntamente han definido el perfil del mundo moderno? En el capítulo anterior he distinguido cuatro formas de poder —económico, político, coercitivo y simbólico— y las he relacionado con recursos e instituciones de varios tipos. Ahora quiero utilizar esta estructura para analizar las transformaciones institucionales asociadas con el surgimiento de las sociedades modernas. Examinaré brevemente los cambios institucionales del poder político y económico. Las formas institucionales del poder coercitivo no serán discutidas en detalle,

aunque serán tomadas en consideración en relación al desarrollo del Estado moderno. A continuación, me concentraré en la organización social del poder simbólico y en las maneras en que ha cambiado a través del tiempo.

Permítasenos empezar por la economía.<sup>1</sup> En sus inicios la economía medieval era predominantemente una economía agraria basada en unidades de producción a pequeña escala, tales como el pueblo y el feudo. Consistía básicamente en una economía de subsistencia, aunque se generaban algunos excedentes y existían extensas redes comerciales. Los campesinos estaban comúnmente ligados a la tierra, que labraban pero que no poseían, y parte de sus cosechas pertenecían al señor feudal. Gradualmente, desde aproximadamente el siglo XI, el comercio empezó a expandirse de manera significativa y las poblaciones crecieron en tamaño e influencia. Los mercaderes urbanos, los artistas y otros artesanos lograron acumular capital y lo emplearon con el propósito de incrementar el comercio y la producción de bienes de consumo. Un nuevo conjunto de relaciones económicas surgieron, primero en pueblos y ciudades y más tarde en el campo, implicando el creciente uso de dinero y extensas redes de intercambio. Estas nuevas relaciones coexistieron con las relaciones feudales tradicionales durante varios siglos, ya que la economía europea de finales de la Edad Media experimentaría sucesivas fases de expansión y contracción.

Hacia 1450 un característico sistema de producción de bienes de consumo e intercambio había surgido en Europa y se había expandido rápidamente, tanto en relación a resultados como a enclaves geográficos. Las principales características de este nuevo sistema capitalista son bien conocidas: los individuos particulares acumulaban un capital con el que obtendrían medios y materiales para la producción de bienes de consumo, empleando a la vez a trabajadores que eran recompensados con un salario; los productos finales se vendían a continuación a precios que

1. Para una explicación más detallada de las transformaciones económicas asociadas con el surgimiento de las sociedades modernas, véase Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, Academic Press, 1974 y *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, Nueva York, Academic Press, 1980; véase también Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol 1: *A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, caps. 12-15.

excedían los costos de producción, permitiendo a los capitalistas obtener ingresos de los que se beneficiaban privadamente y, que en algunos casos, reinvertían en la producción. Para finales del siglo XV, las empresas capitalistas se habían establecido en los principales centros comerciales de Europa, y posteriormente, en el transcurso de los siglos XVI y XVII, expandieron sus actividades.

El comercio dentro de Europa creció y se forjaron vínculos comerciales con otras partes del mundo que, como Wallerstein y otros han mostrado, fueron progresivamente atrayendo relaciones comerciales con Europa. Ciudades como Amsterdam, y más tarde Londres, se convirtieron en los principales centros de acumulación de capital y poder económico dentro de una red de relaciones comerciales que iban adquiriendo una dimensión global.

La revolución industrial de finales del siglo XVIII y principios del XIX tuvo lugar en el contexto de un sistema de economía capitalista que había existido en Europa y otros lugares durante siglos. Con la introducción de nuevos métodos de producción —incluyendo el uso de la maquinaria eléctrica, la división del trabajo dentro del sistema fabril, etc.— la revolución industrial aumentó enormemente la capacidad productiva de las empresas, iniciando la era de la manufactura industrial a gran escala. Sin embargo, éstos desarrollos ocurrieron dentro de un conjunto de relaciones de propiedad y producción que permanecieron relativamente estables. No sería hasta el siglo XX que se llevarían a cabo intentos, inicialmente en la Unión Soviética y posteriormente en China y en otros países, de desarrollar una industria manufacturera a gran escala (así como una agricultura de producción) dentro de conjuntos de relaciones de propiedad y producción fundamentalmente diferentes en las cuales las instituciones económicas quedaron progresivamente subordinadas al poder centralizado del Estado.

El Estado moderno tal y como lo conocemos en la actualidad —el «Estado-nación» o el «Estado nacional»— es un grupo de instituciones cuya forma distintiva surgió gradualmente a partir de un largo proceso de formación del Estado.<sup>2</sup> La Europa medieval

2. Véase, por ejemplo, Charles Tilly (comp.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975; Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*, Oxford, Blackwell, 1990; Mann, *The Sources of Social Power*; Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence: Volume Two of a Contemporary Critique of Historical Materialism*, Cambridge, Polity Press, 1985; Gianfranco Poggi, *The State: Its Nature, Development and Prospects*, Cambridge, Polity Press, 1990.

se caracterizaba por su gran número de unidades políticas de tamaño y fuerza variable, desde unas ciudades-Estado relativamente pequeñas y federaciones urbanas hasta reinos y principados mayores y más poderosos. En términos de organización política, la Europa medieval estaba altamente fragmentada; a finales de 1490 había cerca de 500 entidades casi-Estados. Cinco siglos más tarde, el número de unidades políticas soberanas en Europa había disminuido de manera espectacular a unos 25 Estados. Los mecanismos a través de los que este proceso de consolidación y centralización tuvo lugar han sido bien analizados por Charles Tilly.<sup>3</sup> Desde la perspectiva de Tilly, hubo dos factores claves. De una parte, los gobernantes establecieron los medios para ejercer el poder coercitivo, principalmente medios para luchar contra los rivales externos y salvaguardarse de las amenazas exteriores, pero también medios para reprimir las revueltas internas y mantener el orden dentro de los territorios sobre los que reclamaban jurisdicción. De otra, con el fin de establecer los medios para ejercer el poder coercitivo, los gobernantes tuvieron que reglamentar la utilización de los recursos de sus súbditos, incluyendo a hombres, equipo y capital. Estos recursos fueron raramente obtenidos de manera voluntaria, de ahí que los gobernantes recurrieran a un sistema de impuestos y administración más sofisticado para hacerlos cada vez más efectivos, apoyándose también en el empleo de la fuerza cuando fuera necesario. En la medida en que aumentó la escala del conflicto militar, todos aquellos Estados que podían extraer recursos para constituir ejércitos de calidad, y mantenerlos en situación de alerta para la guerra durante largos períodos de tiempo, tenían una ventaja material. Finalmente se convirtieron en unidades políticas claves dentro de un complejo sistema de Estados-nación caracterizados por un sistema de gobierno y de administración centralizado, soberanos sobre un territorio claramente definido y en posesión de medios para defender sus pretensiones por la fuerza, en caso de necesidad.

Mientras los Estados europeos iban consolidando su control sobre los Estados vecinos, algunas de las principales potencias europeas fueron extendiendo, a la par, su esfera de influencia en ultramar. Los territorios extranjeros proporcionaban fuentes adicionales de ingresos y se convirtieron en importantes socios comerciales para las firmas capitalistas y los comerciantes estable-

3. Véase Tilly, *Coercion, Capital and European States*, págs. 14-15 y sigs.

cidos en Europa. En la medida en que creció la importancia de los territorios de ultramar, las principales potencias europeas dedicaron más recursos a mantener y expandir sus esferas de influencia y a sortear las amenazas de sus rivales. En muchos de estos territorios se instalaron sistemas de administración colonial, estableciendo las bases para el desarrollo posterior de instituciones políticas configuradas según el modelo europeo. La transformación de los territorios coloniales en naciones-Estado independientes, con sus fronteras claramente definidas e instituciones soberanas, fue un proceso lento y titubeante, que habría llegado relativamente tarde en la historia de las naciones-Estado (hasta mediados del siglo XX en muchos casos), y que habría constituido un foco de tensión y conflicto endémico en el mundo moderno.

La organización política interna de los nacientes Estados europeos varió considerablemente con el paso del tiempo y de una región a otra. En el período que va desde el siglo XV hasta el XVIII, una forma de absolutismo, o monarquía absolutista, surgió en Francia, Austria, Prusia, España y otras partes.<sup>4</sup> El absolutismo se caracterizó por la creciente concentración del poder en manos del monarca, quien se encargaba de ejercer este poder de manera relativamente uniforme sobre el conjunto de territorios que constituían el Estado. Esta tarea fue facilitada por el desarrollo de una burocracia centralizada permanente y por el mantenimiento de un ejército, evolución que se dejó notar con marcada influencia en Prusia. El monarca absoluto generalmente afirmaba que era la única fuente humana de la ley, que no tenía que dar explicaciones a las asambleas representativas y que estaba sujeto sólo a la ley de Dios. Sin embargo, en Europa —especialmente en Inglaterra— el proyecto de constituir un Estado absolutista nunca llegó a arraigar en realidad. Por un conjunto de razones históricas diversas, el Estado inglés evolucionó hacia una forma de constitucionalismo en el que el poder del monarca quedaba regulado por la ley, la separación de los poderes y el papel de la oposición, tanto dentro como fuera del Parlamento. Este énfasis, junto con las espectaculares conmociones políticas de finales del siglo XVIII y el aumento de la presión en la participación política, fomentaron el desarrollo de un tipo de democracia liberal, representativa y multipartidista característica de muchos Estados del siglo XX.

4. Véase Poggi, *The State*, págs. 42 y sigs.; Mann, *The Sources of Social Power*, págs. 475 y sigs.

La formación de los modernos Estados-nación, tanto en Europa como en otras regiones del mundo, estuvo involucrada de manera compleja con la creación de símbolos y sentimientos de identidad nacional. La constitución de un Estado fuerte generalmente estaba precedida por la formación de un intenso sentimiento de identidad nacional dentro de sus fronteras, algo que, en cualquier caso, ha permanecido como una característica difícil de encontrar y profundamente cuestionada en la vida política moderna. La identidad nacional podría definirse más o menos como el sentido de pertenencia a una particular nación o «patria» territorialmente ubicada, y en la que se comparten un conjunto de derechos, obligaciones y tradiciones comunes.<sup>5</sup> Dado que la mayoría de los Estados modernos se formaron a través de la incorporación forzada de distintos tipos de población dentro de unidades territoriales discontinuas, en las primeras fases de la constitución del Estado era raro encontrar un claro y extendido sentimiento de identidad nacional. Sin embargo, la creación de este sentimiento de identidad nacional tenía sus ventajas para los gobernantes políticos: podía ser utilizado para consolidar el Estado-nación, para contrarrestar las tendencias hacia la fragmentación y movilizar el soporte ideológico con propósitos militares o de otro tipo. Podría sostenerse, además, que el surgimiento del sentimiento de identidad nacional —y en verdad del *nacionalismo*, entendido éste como la canalización de la identidad nacional explícitamente orientada al logro de unos objetivos— estuvo estrechamente vinculado al desarrollo de nuevos medios de comunicación que permitían expresar y difundir símbolos e ideas en un lenguaje común. Más tarde retomaremos este argumento. Ahora deberemos prestar un poco más de atención a la naturaleza del poder simbólico y a su transformación a lo largo del tiempo.

¿Cómo se transformó la organización social del poder simbólico con el advenimiento de las sociedades modernas a finales de la Edad Media y principios de la Europa moderna? Existen dos cambios extensamente tratados por la bibliografía sociológica e histórica. El primero está relacionado con el cambio del papel jugado por las instituciones religiosas. En la Europa medieval, la Iglesia Católica Romana constituía la institución central del poder simbólico, pues tenía el virtual monopolio de la producción y difusión de los símbolos religiosos y de la inculcación de

5. Anthony D. Smith, *National Identity*, Harmondsworth, Penguin, 1991, pág. 14.

las creencias religiosas. Después del colapso del Imperio Romano, la Iglesia se encargó de ofrecer una flexible estructura normativa por toda Europa y estableció un sistema de escuelas monásticas especializadas en enseñar las habilidades literarias y en transmitir el conocimiento sagrado. En las primeras fases de formación del Estado europeo era habitual que las élites políticas y religiosas forjaran alianzas. Los obispos y los abades cooperaron con los gobernantes para controlar sus dominios, y los gobernantes apelaban a la doctrina religiosa para sostener su autoridad y legitimar sus reglas.<sup>6</sup> El papado también ofreció cierto grado de regulación y arbitrio de las relaciones interestatales, ayudando a contener a algunos gobernantes y a mantener el equilibrio del poder. Sin embargo, en la medida en que los Estados europeos aumentaron su fuerza y desarrollaron sus propios sistemas de administración, la Iglesia fue quedando paulatinamente marginada del ejercicio del poder político. Por otra parte, con el advenimiento del protestantismo en el siglo XVI, el virtual monopolio de la Iglesia Católica se derrumbó. La autoridad religiosa se fragmentó cada vez más en una pluralidad de sectas que se encomendaban a un estilo de vida distintivo y proponían vías de acceso alternativas a la verdad de las escrituras.

La fragmentación de la autoridad religiosa y su pérdida de influencia política fue paralela a un segundo cambio: la expansión gradual de los sistema de conocimiento y aprendizaje que hasta entonces habían tenido un carácter esencialmente secular. El siglo XVI fue testigo de un importante desarrollo de ciencias tales como la astronomía, la botánica y la medicina. Estas disciplinas emergentes estimularon la formación de sociedades instruidas a lo largo de Europa y encontraron su camino entre los estudios ofrecidos por las universidades más liberales. En la medida en que el conocimiento científico fue librándose gradualmente de la influencia de la tradición religiosa, el sistema educativo fue separándose de la Iglesia. Las academias y las universidades se orientaron cada vez más hacia la transmisión de un conjunto de habilidades y formas de conocimiento, entre las cuales el conocimiento de las escrituras constituía tan sólo una parte (y, en muchos casos, de tendencia menguante). Por supuesto, el acceso al sistema educativo estaba muy restringido a principios de la edad moderna; los estudiantes universitarios

6. Véase Poggi, *The State*, págs. 40 y sigs.; Mann, *The Sources of Social Power*, págs. 379 y sigs.

eran casi exclusivamente hijos de las élites urbanas, y un gran porcentaje de la población rural seguía siendo analfabeta. No fue hasta el siglo XIX que varios Estados europeos introdujeron sistemas de educación integrales, ofreciendo un conjunto de estructuras nacionales específicas para la inculcación de habilidades básicas, como la estandarización del lenguaje literario a nivel nacional.

Hubo, además, un tercer cambio importante en la organización social del poder simbólico que ha recibido, generalmente menos atención que los dos anteriores y que, en cierta medida, llega a servir de apoyo a los otros dos: se trata del paso de la escritura a la imprenta y el posterior desarrollo de la industria *mediática*. A continuación nos centraremos en este desarrollo.

#### *Comunicación, producción de bienes de consumo y el advenimiento de la imprenta*

El surgimiento de las industrias *mediáticas* como nueva base del poder simbólico es un proceso que se puede rastrear hasta la segunda mitad del siglo XV. Fue durante este período cuando las técnicas de impresión, originalmente desarrolladas por Gutenberg, se difundieron a lo largo de las urbes Europeas. Estas técnicas fueron explotadas por imprentas organizadas, en su mayor parte, en forma de empresas comerciales. Su éxito y supervivencia dependía generalmente de la capacidad de producir de manera efectiva bienes de consumo simbólicos. El desarrollo de las primeras imprentas fue, así, parte esencial del crecimiento de una economía capitalista a finales de la Edad Media y principios de la Europa moderna. Al mismo tiempo, no obstante, estas imprentas se convirtieron en nuevas bases para el poder simbólico que mantenía una relación ambivalente entre las instituciones políticas de las emergentes naciones-Estado y aquellas instituciones religiosas que reclamaban cierta autoridad en relación al ejercicio del poder simbólico. El surgimiento de la industria de la impresión representó la aparición de nuevos centros y redes de poder simbólico que generalmente quedaban fuera del control de la Iglesia y del Estado, pero que ambos trataban de utilizar en provecho propio y que, de vez en cuando, reprimían.

Las innovaciones técnicas que hicieron posible el desarrollo de la imprenta son bien conocidas y bastará, aquí, con describirlas de manera sucinta. Las primeras formas de papel e impre-

sión fueron desarrolladas en China, mucho antes de que se difundieran por Occidente.<sup>7</sup> Las telas eran desmenuzadas en fibras, empapadas de agua y, a continuación, convertidas en alfombrillas de papel y secadas. Para escribir un elaborado sistema de ideogramas de varios miles de caracteres se empleaba un pincel hecho de pelos y tinta hecha de hollín. Alrededor del siglo III d.C., el papel era ampliamente utilizado en toda China, tanto para escribir como para otros propósitos. Las técnicas de manufactura del papel se difundieron gradualmente hacia Occidente y, a partir del siglo VIII, en Bagdad y Damasco se construyeron las primeras fábricas. Los mercaderes traían papel a Europa, aunque no fue hasta el siglo XIII que se inició su producción a gran escala. Entre 1268-1276 se estableció en Fabriano la primera fábrica italiana. Las fábricas de papel pronto aparecieron en otras ciudades italianas, incluidas Bolonia, Padua y Génova, e Italia se convirtió en la mayor fuente de provisión para el resto de Europa. A mediados del siglo XIV, el papel era utilizado por toda Europa, ofreciendo un medio de inscripción ligero, de textura lisa y asequible que resultaba ideal para los propósitos de la impresión.

Como el papel, las técnicas de impresión fueron desarrolladas originalmente en China. La tipografía surgió gradualmente de los procesos de pulido y estampado y fue probablemente utilizado por primera vez alrededor del año 700 d.C. Nuevos y mejores métodos se introdujeron durante la dinastía Sung (960-1280), incluyendo una versión incipiente de los tipos móviles. La invención de los tipos móviles se atribuye generalmente a Pi Sheng, quien durante el período 1041-1048, utilizaba barro para hacer caracteres que luego endurecía a fuego.<sup>8</sup> Los métodos de impresión por medio de tipos móviles se desarrollaron más adelante en Corea a partir del siglo XIII. Los coreanos fueron los primeros en utilizar una forma de tipos móviles hechos con metal, con toda probabilidad adaptando los métodos originalmente utilizados para acuñar monedas. Las autoridades políticas de Corea se

7. Véase Thomas Francis Carter, *The Inventions of Printing in China and its Spread Westward*, Nueva York, Ronald Press Company, 1955; Joseph Needham, *Science and Civilisation in China, vol 5: Chemistry and Chemical Technology, part I: Paper and Printing*, por Tsien Tsien-Hsuei, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *The Coming of the Book: The Impact of Printing 1450-1800*, Londres, Verso, 1976, cap. 1.

8. Véase Carter, *The Invention of Printing in China*, cap. 22; Needham, *Science and Civilisation in China*, págs. 201-203.

tomaron un gran interés en el moldeado de tipos, impresión y manufactura de libros; establecieron una oficina de publicaciones que, al entrar el siglo XV, era responsable de una importante cantidad de materiales impresos. Aunque no hay evidencia directa de la transferencia de técnicas de impresión desde China y Corea a Europa, estos métodos podrían haberse difundido con la difusión del papel moneda, los juegos de cartas y los libros impresos en China, y con la expansión gradual de los contactos comerciales y diplomáticos entre Oriente y Occidente.<sup>9</sup> Las litografías empezaron a aparecer en Europa a finales del siglo XIV, y los libros litografiados aparecieron en 1409. A pesar de ello, los desarrollos comúnmente asociados con Gutenberg diferían del método Chino original en dos aspectos claves: el uso del tipo alfabético en vez de los caracteres ideográficos y la invención de la prensa de impresión.

Johann Gutenberg, un orfebre de Mainz, empezó a experimentar con la imprenta alrededor de 1440.<sup>10</sup> Las técnicas de acuñación del metal eran bien conocidas en Europa a principios del siglo XV, pero no habían sido adaptados a los propósitos de la impresión. Gutenberg desarrolló un método para reproducir letras metálicas a través de la fundición, de ahí que grandes cantidades de tipos pudieran ser producidos para la composición de largos textos. También adaptó la prensa tradicional a tornillo, conocida en Europa desde el siglo I d.C., con el propósito de obtener textos impresos. En virtud de esta combinación de técnicas, se componía una página con tipos, agrupados y manejados como un solo bloque; a continuación, la tinta podía aplicarse al bloque para estampar el papel contra él, de manera que los tipos quedarán impresos en la superficie del papel. Aunque los detalles técnicos fueron posteriormente refinados de muchas maneras, los principios básicos de la imprenta de Gutenberg siguieron utilizándose durante más de tres siglos.

En 1450 Gutenberg había desarrollado sus técnicas suficientemente para su explotación comercial, y en 1455 algunas tiendas de venta de imprentas ofrecían sus servicios en Mainz. En la medida en que los impresores iban desplazando su equipo y sus

9. Véase Carter, *The Invention of Printing in China*, caps. 19 y 24; Needham, *Science and Civilisation in China*, págs. 303-319.

10. Véase S. H. Steinberg, *Five Hundred Years of Printing*, Harmondsworth, Penguin, 1974, págs. 17 y sigs.; Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, págs. 45 y sigs.

habilidades de una población a otra, las técnicas de impresión se difundían rápidamente. En 1480 las imprentas se habían establecido en más de un centenar de poblaciones y ciudades de Europa y había surgido un floreciente comercio de libros. Las ciudades de Alemania e Italia se convirtieron en centros particularmente importantes de publicación; además, las prensas también se establecieron en Francia, Holanda, Inglaterra, España y otras partes. El trabajo de estas primeras prensas fue formidable. Febvre y Martin estiman que a finales del siglo XV se habían producido por lo menos 35.000 ediciones, y se habían puesto en circulación al menos unos 15 o 20 millones de copias.<sup>11</sup> En ese momento, la población de los países en los que se habían desarrollado las técnicas de impresión era de menos de 100 millones, con el añadido de que sólo una minoría sabía leer.

La mayoría de los libros —o «incunabula», como a veces se les llamaba— producidos por la primeras prensas estaban en latín, y una proporción significativa (alrededor de un 45%) eran de carácter religioso.<sup>12</sup> Éstos incluían muchas ediciones de las sagradas escrituras (tanto en latín como en lenguas vernáculas), así como libros utilizados para los servicios religiosos y la oración privada, como por ejemplo el Libro de Horas. Las primeras imprentas también produjeron libros de filosofía (medieval y clásica) y teología, junto a textos sobre leyes y temas científicos dirigidos en especial al público universitario. Al producir estos libros, las primeras imprentas siguieron desarrollando y extendiendo un negocio que había existido antes del advenimiento de la imprenta. Durante la Edad Media los escribas producían libros manuscritos en los *scriptoria* monásticos, y los copistas habían estado trabajando en un sistema de publicación para papelerías laicas, que abastecían de libros a las facultades universitarias y a las ordenes mendicantes.<sup>13</sup> Las primeras imprentas encontraron

11. Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, págs. 186, 248-249. La estimación asume que por término medio, antes de 1500 las imprentas hacían una tirada de 500 copias por edición. Las cifras para el siglo XVI resultan más sorprendentes. Febvre y Martin estiman que entre 1500 y 1600 se produjeron entre 150.000 y 200.000 ediciones. Asumiendo una tirada media de 1.000 copias, de lo que resultaría que en el siglo XVI se editaron entre 150-200 millones de copias, *ibíd.*, pág. 262.

12. *Ibid.*, págs. 249 y sigs.

13. Véase Elizabeth L. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early-Modern Europe*, vols. 1 y 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, págs. 12 y sigs.

un mercado establecido y desarrollaron medios altamente efectivos para introducirse en él. Producían libros impresos que, inicialmente, eran muy parecidos a las copias manuscritas, y durante mucho tiempo los vendedores de libros estuvieron ofreciendo ambos productos. Sin embargo, de manera gradual, la imprenta desplazó las actividades de los escribas y copistas. Los libros impresos adquirieron su propio formato característico y apariencia, mientras los tipos y los guiones se unificaron y, el mercado del libro se expandió, pues, rápidamente.

Las primeras imprentas fueron, en su mayor parte, empresas comerciales organizadas de forma capitalista. Los impresores tuvieron que acumular suficiente capital como para adquirir los medios de producción —locales, imprentas, tipos de letras, etc.— y comprar el papel y otras materias primas necesarias para producir libros. Algunos de los primeros impresores poseían los suficientes recursos para crear su propio negocio y operar efectivamente como impresores y editores, seleccionando el material que iban a imprimir y asumiendo los riesgos asociados con ello. Otros impresores necesitaban el apoyo de una financiación externa. En algunos casos, recibían el apoyo de financieros privados, editores y vendedores de libros, quienes seleccionaban el material que querían imprimir y hacían los pedidos; en otros casos, recibían encargos de la Iglesia o del Estado para producir textos litúrgicos y publicaciones oficiales. A lo largo del período moderno la mayoría de las imprentas tuvieron unas dimensiones relativamente pequeñas. En el París del siglo XVII, por ejemplo, la mayoría de los talleres de trabajo disponía de menos de cuatro imprentas y diez trabajadores.<sup>14</sup> Sin embargo, surgieron algunas organizaciones de dimensiones mayores. Anton Koberger de Nuremberg desarrolló una lucrativa editorial en la que, a principios del siglo XVI, tenía veinticuatro imprentas y alrededor de cien trabajadores, así como una extensa red comercial que abarcaba la mayoría de los centros comerciales de Europa. Plantin de Amberes formó un sindicato de editores en 1563 y constituyó una amplia y poderosa organización editorial que se hizo con el monopolio virtual de la venta de textos litúrgicos en el Imperio Español de los Habsburgo.<sup>15</sup>

14. Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, pág. 126.

15. *Ibid.*, págs. 125-126. Véase también Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change*, págs. 408-409, 443-445.



Las imprentas y editoriales que surgieron en los inicios de la Europa moderna eran instituciones tanto culturales como económicas. Esta doble orientación se reflejó en la atmósfera característica de muchas de las primeras casas editoriales, que no sólo eran negocios sino igualmente lugares de reunión para clérigos, estudiantes universitarios e intelectuales. Además, el hecho de que impresores y editores se implicaran en la producción de formas simbólicas de bienes de consumo significó que sus relaciones con las autoridades religiosas y políticas fueran enormemente significativas y cargadas de dificultades. El crecimiento de la industria de la impresión creó nuevos centros y redes de poder simbólico fundadas sobre todo en el principio de la producción de bienes de consumo, que fue desde entonces relativamente independiente del poder simbólico y político ejercido por la Iglesia y el Estado. Ambas esferas trataron de utilizar esta industria naciente para sus propósitos, encargando documentos oficiales, imprimiendo bandos y regulaciones así como trabajos de los tipos más variados. Sin embargo, su capacidad de controlar la producción de los impresores y, por lo tanto, de mantener un control sobre estos nuevos centros de poder simbólico, quedaba limitado de varias maneras.

En los primeros años de la imprenta, la Iglesia apoyó con fuerza el desarrollo de los nuevos métodos de reproducción textual. Los clérigos encargaban a los impresores textos litúrgicos y teológicos, y muchos monasterios les invitarían a trabajar en sus instalaciones. Sin embargo, la Iglesia no podía controlar las actividades de los impresores y vendedores de libros con el mismo grado de efectividad demostrado con los escribas y copistas en la época de los manuscritos. Simplemente, había demasiadas empresas dedicadas a la impresión y un mercado amplio, capaz de producir y distribuir textos a tan gran escala que la Iglesia era incapaz de ejercer un control efectivo. A finales del siglo XV y principios del XVI, la Iglesia realizó numerosos intentos —con frecuencia en colaboración con las autoridades seculares— para suprimir material impreso.<sup>16</sup> En 1485 el arzobispo Berthold de Mainz pidió al ayuntamiento de Francfort que le dejara examinar los libros que se exhibían en el Lenten Fair y que ayudara a la Iglesia a suprimir los trabajos perniciosos. En 1501 el Papa Alejandro VI trató de establecer un sistema más riguroso e integral

16. Véase Steinberg, *Five Hundred Years of Printing*, págs 260-272; Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, págs. 244-247, 297 y sigs.

de censura, prohibiendo la impresión de cualquier libro que careciera de la autorización de los poderes eclesiásticos. Dado que el número de libros prohibidos se incrementó, la Iglesia acabó por compilar el *Index librorum prohibitorum*; inicialmente promulgado en 1559, el *Index* fue continuamente revisado y actualizado, y fue utilizado durante cerca de cuatrocientos años. Sin embargo, aunque a finales del siglo XV y durante el siglo XVI las intervenciones de las autoridades políticas y religiosas fueron numerosas, tuvieron un éxito limitado. Los impresores encontraron múltiples maneras de esquivar la censura, y los libros prohibidos en una ciudad o región con frecuencia aparecían impresos en otra y traídos de contrabando por mercaderes y vendedores ambulantes. La censura estimuló un vigoroso comercio de contrabando de libros.

Las dificultades inherentes de tratar de controlar el comercio de materiales impresos queda bien ilustrado durante la Reforma. El papel fundamental que jugaron las nuevas técnicas de impresión en la difusión de las ideas de Lutero y otros reformistas no puede ser puesto en duda.<sup>17</sup> Las noventa y cinco tesis de Lutero, inicialmente pegadas en la puerta de la iglesia de las Agustinas de Wittemberg el 31 de octubre de 1517, fueron pronto traducidas a lenguas vernáculas, impresas en forma de folletos y distribuidas por toda Europa; se ha estimado que en quince días Alemania entera conoció estas tesis, y que sólo tardó un mes en llegar al resto de Europa.<sup>18</sup> Los tratados y los sermones de Lutero fueron publicados en numerosas ediciones y se hicieron enormemente populares. Su panfleto *A la nobleza cristiana de la nación alemana* apareció por primera vez el 18 de agosto de 1520 y en tres semanas se habían vendido cuatro mil copias; para 1522, habían aparecido trece ediciones en distintos lugares.<sup>19</sup> No tuvo que pasar mucho tiempo para que en varias ciudades y países se intentara suprimir la literatura asociada a la revuelta protestante. El papado condenó las obras de Lutero, y los monarcas promul-

17. Sobre la relación entre la imprenta y la Reforma, véase Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change*, cap. 4; Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, págs. 287-319.

18. Véase Margaret Aston, *The Fifteenth Century: The Prospect of Europe*, Londres, Thames and Hudson, 1968, pág. 76; «haciendo para Lutero lo que los copistas habían hecho por Wycliffe», destaca Aston, «la impresión escrita transformó el campo de las comunicaciones y apadrinó una revuelta internacional. Fue una revolución».

19. Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, pág 291.

garon edictos en los que se ordenaba que se quemaran sus libros. En Francia, por ejemplo, un decreto real del 18 de marzo de 1521 ordenaba al Parlamento que se asegurara de que no se publicara ninguna obra sin llevar el sello de la Universidad de París, y el 13 de junio de 1521 el Parlamento decretó el embargo para toda esa impresión y la venta de textos litúrgicos que previamente no hubieran sido aprobados por la facultad de teología.<sup>20</sup> Sin embargo, estos decretos y embargos tuvieron un efecto limitado. Muchos impresores emigraron a ciudades más allá de la frontera francesa, como Amberes, Estrasburgo y Basilea, e imprimieron material para la exportación clandestina a Francia. Enormes cantidades de material de contrabando se produjeron y se introdujeron a través de mercaderes y vendedores ambulantes. Surgieron organizaciones ilegales especializadas en la distribución clandestina de libros prohibidos. Después del «affaire des placards» en 1534 se hicieron nuevos intentos para terminar con el comercio de libros prohibidos, y Francisco I ordenó una serie de ejecuciones espectaculares en las que se quemó en la estaca a impresores y libreros. A pesar de ello, el comercio continuó. Había, simplemente, demasiadas imprentas y demasiadas maneras de transportar libros a través de las fronteras comerciales para que fueran controladas de manera efectiva por los decretos papales o reales.

Si la imprenta contribuyó a la difusión del protestantismo y a la fragmentación de la cristiandad, también tuvo consecuencias importantes en otros aspectos de la cultura de principios de la Europa moderna. A pesar de que un gran porcentaje de los libros producidos por las primeras imprentas tenían carácter religioso, se imprimieron las obras de autores clásicos —Virgilio, Ovidio, Cicerón y otros— en múltiples ediciones. La creciente disponibilidad de los textos clásicos facilitó y estimuló el renacimiento del interés por la antigüedad, que había permanecido oculta para la literatura italiana desde el siglo XII. La difusión del humanismo italiano hacia el norte de Europa se debe en gran medida, sin duda alguna, al papel de intermediarios que jugaron editores y traductores;<sup>21</sup> y la imprenta permitió a los estudiantes universitarios fijar y unificar los textos de la antigüedad, algo que hubiera sido inconcebible si cada uno hubiera tenido que ser copiado a

20. *Ibid.*, pág. 197

21. Véase Peter Burke, *The Renaissance*, Londres, Macmillan, 1987, págs. 46-47.

mano individualmente.<sup>22</sup> Los estudiantes universitarios se consagraron a preparar ediciones críticas de obras clásicas que, a continuación, se constituyeron en puntos de partida para su reproducción. Gracias a la capacidad reproductiva y conservadora de la imprenta el trabajo de los humanistas del *quattrocento* pudo convertirse en algo más que en resurgimiento localizado y efímero del interés por el pensamiento clásico.

La imprenta también permitiría acumular y difundir datos sobre el mundo natural y la esfera social, desarrollando sistemas estandarizados de clasificación, representación y práctica. Algunas de las primeras imprentas se especializaron en la producción de textos sobre medicina, anatomía, botánica, astronomía, geografía, matemáticas, etc., trabajando en estrecha colaboración con profesores universitarios y facultades en la preparación de obras científicas. La imprenta creó un nuevo flujo de datos, listas, mapas y teorías que podían ser consultadas, discutidas y debatidas por universitarios a lo largo de Europa.<sup>23</sup> Las primeras imprentas también editaban obras de ciencia popular, manuales prácticos y almanaques que se vendían en gran cantidad. Los almanaques contenían, entre otras cosas, tablas estandarizadas para calcular costes de bienes, para convertir pesos, medidas y sistemas monetarios, para calcular distancias y tiempos de viaje, etc.; fueron utilizados abundantemente por mercaderes y hombres de negocios, ofreciéndoles una estructura común para la conducta comercial más allá de su entorno inmediato. Los manuales prácticos y libros de conducta ofrecieron guías para un amplio abanico de actividades, desde modales, moral y maneras de hablar hasta métodos para la práctica de los negocios. El *De Civilitate Morum Puerilium* de Erasmo, que fijó un código de modales y proveyó de una guía para la educación de los niños, tuvo un éxito acaparador. Publicado por primera vez en Basilea en 1530, se estima que en 1600 había en circulación al menos 47.000 copias de la obra de Erasmo; fue traducido a muchas lenguas vernáculas, y aparecieron muchas imitaciones y plagios.<sup>24</sup>

¿Quién leía los libros producidos por las primeras imprentas? ¿Cuál era la composición social de los primeros lectores? Los

22. Véase Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change*, págs. 181 y sigs.

23. Sobre la relación entre imprenta y la revolución científica, véase *ibid.*, caps. 5-8.

24. *Ibid.*, pág. 430.

principales clientes de los libros producidos por las primeras imprentas eran sin duda alguna las élites urbanas educadas, incluyendo el clero, los universitarios y los estudiantes, las élites políticas y la floreciente clase comercial. Sin embargo, es probable que los libros estuvieran al alcance y fueran leídos por una nada despreciable y creciente proporción de artesanos urbanos o comerciantes. Aunque la evidencia sobre los porcentajes de gente letrada a principios de la Europa moderna es fragmentaria y no conclusiva, existen suficientes evidencias como para creer que los porcentajes de gente que sabía leer entre ciertos grupos de artesanos era relativamente elevado: farmacéuticos, médicos, impresores, pintores, músicos y trabajadores del metal.<sup>25</sup> Los libros podían comprarse en tiendas de pueblos y paradas en los mercados, y los libros más pequeños y baratos —como los libros de cuentos de la llamada «*Bibliothèque Bleue*»— estaban con toda seguridad al alcance de los trabajadores urbanos y de los artesanos.<sup>26</sup> El motivo por el cual los libros eran de hecho adquiridos y leídos por aquellos individuos resulta difícil de establecer con exactitud. Los inventarios de bienes hereditarios sugieren que a principios del siglo XVI la mayoría de los artesanos no poseían libros entre sus pertenencias al morir.<sup>27</sup> Sin embargo, es perfectamente posible que muchos individuos compraran y leyeran libros, y más tarde los vendieran otra vez o los tomaran prestados de otros. Los libros podían ser revendidos con relativa facilidad y —aparte de libros de referencia como la Biblia y el Libro de Horas— apenas existía el incentivo, para individuos de recursos limitados de coleccionarlos.

La proporción de gente alfabetizada era relativamente baja entre algunos sectores de la población urbana, como mujeres, niños y trabajadores no especializados, y entre los campesinos, que constituían el grueso de la población a principios de la Europa moderna. Sin embargo, de esto no se deduce que los individuos pertenecientes a estos grupos permanecieran al margen del

25. Véase Natalie Zemon Davis, «Printing and the People», en su *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, Stanford University Press, 1975, pág. 210. Para una discusión general de la literatura a principios de la Europa moderna, véase Carlo M. Cipolla, *Literacy and Development in the West*, Harmondsworth, Penguin, 1969; R. A. Houston, *Literacy in Early Modern Europe: Culture and Education 1500-1800*, Londres, Longman, 1988.

26. Véase Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, Temple Smith, 1978, págs. 253-254.

27. Davis, «Printing and the People», pág. 211.

mundo impreso. Los libros de cuentos, almanaques u otros materiales impresos fueron distribuidos a través de las zonas rurales por vendedores ambulantes, quienes cargaban sus productos de un pueblo a otro y los ofrecían para la venta.<sup>28</sup> Además, es probable que en algunas ocasiones los libros fueran leídos en voz alta por grupos que se habían reunido por una u otra razón. Tales ocasiones bien podrían incluir las reuniones rutinarias de familiares y amigos, banquetes y festivales, así como reuniones con el propósito de leer libros, como las asambleas secretas de los protestantes que se reunían para leer y discutir la Biblia.<sup>29</sup> Gracias a la práctica de leer en voz alta, la audiencia de los materiales impresos fue considerablemente mayor que el relativo menor número de individuos que estaban en condiciones de leer. Los libros y otros textos se incorporaron a las tradiciones populares que tenían carácter esencialmente oral, y sólo de manera gradual el mundo de la imprenta transformó las tradiciones y su modo de transmisión.

En la medida en que los lectores de libros impresos se tendieron en el decurso del siglo XVI, una proporción creciente de libros se imprimió en lenguas vernáculas en vez del latín. Los impresores, editores y autores empezaron a orientar su producción cada vez más hacia poblaciones nacionales específicas que podían leer lenguas vernáculas como el alemán, francés e inglés.<sup>30</sup> La creciente utilización de las lenguas vernáculas estimuló los intentos de reproducción más uniforme. Se editaron muchos diccionarios y libros de gramática con el objetivo de estandarizar la ortografía, el vocabulario y la gramática. Las tradiciones literarias nacionales empezaron a surgir y a adquirir un carácter distintivo. El latín continuó utilizándose como lenguaje universitario y diplomático, y como el lenguaje oficial de la Iglesia Católica a lo largo de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, a finales del siglo XVII en muchos contextos lingüísticos y en muchas partes de Europa

28. Véase Laurence Fontaine, *Histoire du colportage en Europe, XVe-XIXe siècle*, París, Albin Michel, 1993.

29. Véase Davis, «Printing and the People», págs. 213-214; Roger Chartier, «Figures of the "Other": Peasant Reading in the Age of Enlightenment», en su *Cultural History: Between Practices and Representations*, Cambridge, Polity Press, 1988, págs. 151-171; Roger Chartier, «Leisure and Sociability: Reading Aloud in Early Modern Europe», en Susan Zimmerman y Ronald F. E. Weissman (comps.), *Urban Life in the Renaissance*, Newark, University of Delaware Press, 1989, págs. 105-120; Robert Darnton, «History of Reading», en Peter Burke (comp.), *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge Polity Press, 1991, págs. 140-167.

30. Febvre y Martin, *The Coming of the Book*, págs. 319-322.

el latín había dejado su lugar a las varias lenguas vernáculas.<sup>31</sup> Durante un tiempo el francés se convirtió en la lengua común para el intercambio universitario y diplomático, aunque nunca alcanzó la preeminente posición que había ocupado antes el latín. No sería hasta el siglo XX que el inglés surgiría como la nueva lengua franca de comunicación internacional.

El declive del latín y la aparición de las lenguas nacionales fue un proceso impulsado en parte por la industria de la imprenta; sin embargo, tuvo consecuencias que fueron mucho más allá de las preocupaciones de esta industria como tal. Se trató de un proceso interrelacionado de manera compleja con la posición cambiante de la Iglesia y con el crecimiento y consolidación de las naciones-Estado. En el momento en que la Iglesia Católica continuó viendo el latín como su lenguaje oficial y prohibió el uso de las lenguas vernáculas, una barrera lingüística de dimensiones cada vez mayores creció entre el clero católico y la población laica. El clero empezó a estar cada vez más lejos, la liturgia pareció más esotérica y la autoridad de la Iglesia —que ya había recibido un severo golpe con el éxito del protestantismo— se convirtió en más vulnerable a la crítica. Por otra parte, en aquellas poblaciones en las que predominaba el protestantismo las ediciones vernáculas de la Biblia y de otros textos religiosos y litúrgicos jugaron un papel crucial en el establecimiento de un lenguaje nacional relativamente uniforme y en general aceptado. El mismo Lutero tuvo que abandonar su propio dialecto nativo, el de la Baja Sajonia, y utilizar un lenguaje que fuera legible a través de las tierras alemanas.

La creciente importancia de las lenguas vernáculas también estuvo vinculado al crecimiento y consolidación de las naciones-Estado. En algunos casos las autoridades políticas de los primeros Estados modernos favorecieron activamente el proceso de unificación lingüística, adoptando un particular lenguaje nacional como oficial. Por ejemplo, en 1539, con el Edicto de Villers-Cotterêts, Francisco I estableció el francés como lengua oficial en los tribunales de justicia.<sup>32</sup> Los lenguajes regionales y los dialectos

31. A pesar de este amplio rasgo de declive, el latín no desapareció súbitamente: aún fue hablado y escrito en algunos contextos hasta los siglos XIX y XX. Véase Peter Burke, «Heu Domine, Adsunt Turcae»: A Sketch for a Social History of Post-Medieval Latin», en su *The Art of Conversation*, Cambridge, Polity Press, 1993, págs. 34-65.

32. Hugh Seton-Watson, *Nations and States: An Inquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, Londres, Methuen, 1977, pág. 48.

continuaron hablándose en las provincias y en los contextos de la vida cotidiana, pero gradualmente perdieron sus bases institucionales y fueron quedando subordinados al lenguaje nacional. La fluidez en este lenguaje nacional adquirió un papel cada vez más relevante como medio de comunicación con los funcionarios estatales y como forma de acceder al mercado laboral.<sup>33</sup> Muchos dialectos regionales —especialmente aquellos que servían en usos orales y eran raramente utilizados en la imprenta— perdieron su relevancia o desaparecieron. Además, en la medida en que los Estados europeos extendieron sus esferas de influencia allende los mares, el lenguaje oficial de los poderes europeos empezó a dominar las lenguas de otras partes del mundo, subordinando las lenguas de los pueblos indígenas a las de los colonizadores. Cuando la descolonización adquirió ímpetu en los siglos XIX y XX, estas lenguas dominantes permanecieron en muchos casos intactas como lengua oficial de los recientemente formados Estados-nación.

Podría argumentarse de manera plausible que la fijación de las lenguas vernáculas en papel impreso, y la promoción de algunas de estas lenguas al estatus de lenguas oficiales, fueron condiciones importantes para el surgimiento de las formas de identidad nacional y el nacionalismo en el mundo moderno. Éste es el argumento de Benedict Anderson, quien mantiene que la convergencia del capitalismo, la tecnología de impresión y la diversidad de lenguas en la Europa de finales de los siglos XV y XVI llevó a la erosión de la sagrada comunidad de la cristiandad y al surgimiento de una pluralidad de «comunidades imaginadas» que posteriormente constituyeron las bases para la formación de conciencias nacionales.<sup>34</sup> En la medida en que impresores y editores utilizaron cada vez más las lenguas vernáculas, se crearon campos

33. Véase Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France 1870-1914*, Londres, Chatto and Windus, 1979, especialmente el cap. 6; Pierre Bourdieu, *Language and Symbolic Power*, (comp.) John B. Thompson, Cambridge, Polity Press, 1991, págs. 46 y sigs.

34. Véase Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres, Verso, 1991, especialmente págs. 43-46. Por supuesto, Anderson no fue el primero en destacar una posible conexión entre el desarrollo de la imprenta y el surgimiento del nacionalismo. Para los primeros debates al respecto véase, entre otros, Harold A. Innis, *Empire and Communications*, Oxford, Oxford University Press, 1950, págs. 211 y sigs.; Marshall McLuhan, *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, Toronto, University of Toronto Press, 1962, págs. 216 y sigs.

unificados de comunicación más variados que el latín y menos diversos que la multiplicidad de dialectos hablados. Leyendo en lenguas vernáculas, los individuos gradualmente fueron tomando conciencia de que pertenecían a una comunidad virtual de lectores con quienes nunca se comunicarían directamente, pero con los que estaban conectados a través de la imprenta. Esta comunidad virtual de lectores a la larga se convertiría, según sugiere Anderson, en la comunidad imaginada de la nación.

Se trata de un argumento interesante y provocador, y ha tenido un impacto considerable en debates recientes. Resulta plausible, en cierta manera, sugerir que la formación de las comunidades nacionales y del moderno sentido de pertenencia a una particular nación territorialmente localizable, estuvo vinculada al desarrollo de nuevos sistemas de comunicación que permitieron a los individuos compartir símbolos y creencias expresadas en un lenguaje común —esto es, compartir lo que podría ser llamado, de alguna manera, una tradición nacional— incluso en el caso en que estos individuos no se hubieran nunca comunicado directamente. Sin embargo, existen problemas en el argumento de Anderson. El principal es que la naturaleza precisa de la presunta vinculación entre el desarrollo de la imprenta y el crecimiento del nacionalismo jamás ha sido tratado en detalle. Existe un considerable agujero —de naturaleza tanto histórica como conceptual— entre el surgimiento de múltiples lectores en la Europa del siglo XVI, de una parte, y el surgimiento de varias formas de identidad nacional y nacionalismo en los siglos XIX y XX, por otra. Si los primeros lectores fueron el embrión de la imaginada comunidad nacional, ¿por qué hubo que esperar tres siglos a que el embrión madurara?

Anderson reconoce, por supuesto, que el desarrollo de la imprenta y otros medios técnicos de comunicación fue, con mucho, una condición necesaria para el surgimiento de una conciencia nacional, pero no una condición suficiente. Dedicó una gran atención a la lucha contra el colonialismo que jugó tan importante papel en la formación de los movimientos nacionalistas en los siglos XIX y XX. Sin embargo, la discusión de estos desarrollos tardíos no está conectada por Anderson de una manera clara y convincente con el advenimiento de lo que llama el «capitalismo-imprenta» de principios de la moderna Europa. Anderson esboza lo que es, a lo sumo, una conexión libre y tentativa; el vínculo causal (si es que existe) no está examinado en detalle. Como explicación al surgimiento del nacionalismo, por lo tanto,

el argumento de Anderson resulta sugestivo, pero no enteramente persuasivo. Uno se queda con la impresión de que, mientras el desarrollo de la imprenta podría haber jugado algún papel (también aquí definido de manera imprecisa), la explicación principal para el surgimiento del nacionalismo viene probablemente dada por otros factores.

De manera más genérica, mientras que el argumento de Anderson centra nuestra atención en las posibles consecuencias políticas y sociales de los cambios en los medios de comunicación a principios de la Europa moderna, no traza una línea de continuidad entre estas consecuencias de manera convincente. Parcialmente, ello podría deberse al hecho de que su primordial preocupación es tratar de comprender el fenómeno del nacionalismo en lugar de examinar la naturaleza y el impacto de los medios de comunicación como tales. De aquí que no analice, por ejemplo, las maneras en que los productos *mediáticos* fueron utilizados por los individuos, las formas cambiantes de acción e interacción hechas posible por los nuevos medios de comunicación y las maneras en que su desarrollo alteró gradualmente la naturaleza de la tradición y las relaciones de los individuos con ella. Éstas son algunas de las cuestiones que exploraremos con más detalle en los capítulos siguientes.

### *El desarrollo del intercambio de noticias*

Hay otra manera en la que el desarrollo de la imprenta transformó los modelos de comunicación a principios de la Europa moderna: dando lugar a una variedad de publicaciones periódicas que informaban de acontecimientos y transmitían información de carácter político y comercial. Antes del advenimiento de la imprenta se habían regularizado varias redes de comunicación por toda Europa. Podemos distinguir al menos cuatro tipos distintos de redes de comunicación antes de la imprenta. En primer lugar, existía una extensa establecida y controlada por la Iglesia católica que permitía al papado de Roma mantener contacto con las elites clericales y políticas dispersas por toda la cristiandad. Segundo, existían redes establecidas por las autoridades políticas de Estados y principados; estas redes operaban tanto dentro de los territorios de Estados concretos, facilitando la administración y la pacificación, como entre Estados que mantenían determinadas formas de comunicación diplomática. Un tercer tipo estaba

vinculado a la expansión de la actividad comercial. En la medida en que el comercio y la manufactura creció, se establecieron nuevas redes de comunicación entre la comunidad de empresarios y entre los principales centros comerciales. Las casas comerciales y los bancos —como la familia Fugger de Aubsburgo y las grandes casas comerciales de Florencia— construyeron amplios sistemas de comunicación, comenzando a facilitar información a sus clientes con fines comerciales. Finalmente, la información también se transmitía en poblaciones y pueblos a través de redes de comerciantes, vendedores y artistas ambulantes, como los narradores de cuentos y los cantantes de romances. Cuando los individuos se reunían en los mercados o tabernas y establecían contacto con mercaderes y viajantes, recogían noticias sobre acontecimientos que tenían lugar en lugares lejanos.

En el decurso de los siglos XV, XVI y XVII, estas redes de comunicación se verían afectadas por dos desarrollos clave. En primer lugar, algunos Estados comenzaron a establecer servicios regulares de correo cuya utilización, de manera progresiva, fue generalizándose. En Francia, Luis XI abrió una real estafeta de correos en 1464; los particulares podían utilizar la estafeta con un permiso especial y pagando una tasa.<sup>35</sup> En Europa central Maximiliano I desarrolló una vasta red de correo que conectaba la sede del imperio de los Habsburgo con las ciudades de toda Europa. En 1490 nombró a Franz y Johann von Taxis administradores de correos, estableciendo así un sistema imperial de correos que permaneció bajo el control de la familia Von Taxis durante varios siglos.<sup>36</sup> En Inglaterra se estableció una real estafeta de correos a principios del reinado de Enrique VIII, y hacia 1516 se nombró a un administrador de correos, aunque el desarrollo de los servicios postales regulares para el gran público no tuvo lugar hasta principios del siglo XVII.<sup>37</sup> Gradualmente, en el decurso de los siglos XVII y XVIII, surgió una red de servicio de comunicación postal público, ofreciendo servicios tanto en el propio país como

35. Véase Howard Robinson, *The British Post Office: A History*, Princeton, Princeton University Press, 1948, pág. 4.

36. Para una explicación de como fue conocido el servicio postal de «Thurn und Taxis», véase Martin Dallmeier, *Quellen zur Geschichte des Europäischen Postwesens, 1501-1806*, parte 1: *Quellen-Literatur-Einleitung*, Kallmünz, Michael Lasseben, 1977, págs. 49-220.

37. Robinson, *The British Post Office*, caps. 1-3; J. Crofts, *Packhorse, Wagon and Post: Land Carriage and Communications under the Tudors and Stuarts*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1967, caps. 8-17.

fuera de él. Desde luego, para los estándares del siglo XX, la comunicación postal a principios de la Europa moderna resulta muy lenta. Los mensajes se transportaban en caballos y carros en un período en el que las carreteras de muchas partes de Europa tenían una calidad muy pobre. El correo raramente viajaba a más de 10 millas por hora en distancias lejanas. A finales del siglo XVIII, Edimburgo aún se encontraba a una jornada de sesenta horas desde Londres, y eran necesarias veinticuatro horas para viajar desde Londres a Manchester. No sería hasta principios del siglo XIX, con el desarrollo del ferrocarril, que el tiempo requerido para transmitir mensajes a través del servicio de correos quedó reducido considerablemente.

El segundo desarrollo que afectó profundamente a las redes de comunicación establecidas a principios de la Europa moderna fue la aplicación de la imprenta a la producción y difusión de noticias. Poco después del advenimiento de la imprenta a mediados del siglo XV, comenzaron a aparecer folletos informativos, carteles y hojas de papel impresas de varios tipos. Se trataba de una mezcla de declaraciones oficiales u oficiosas sabidas de decretos gubernamentales; tratados polémicos, descripciones de acontecimientos particulares, tales como confrontaciones militares o desastres naturales y narraciones sensacionalistas de fenómenos sobrenaturales o extraordinarios, como gigantes, cometas y apariciones. Estos panfletos u hojas informativas tenían carácter irregular o se emitían una sola vez. Se imprimían por millares y los vendían en las calles charlatanes y vendedores ambulantes. Ofrecían a la gente una valiosa fuente de información sobre acontecimientos cercanos y lejanos.

Las publicaciones periódicas de noticias e información general empezaron a aparecer en la segunda mitad del siglo XVI; sin embargo, los orígenes de los periódicos modernos está en las primeras dos décadas del siglo XVII, cuando los periódicos de noticias aparecen regularmente cada semana con cierto grado de fiabilidad.<sup>38</sup> En 1609, en varias ciudades alemanas se publicaban periódicos semanalmente, incluyendo Augsburgo, Strasburgo y

38. La identificación de lo que podría ser llamado «el primer periódico» es un tema de discusión, aunque la mayoría de los historiadores estarían de acuerdo en que alguna cosa parecida a los modernos periódicos apareció por primera vez alrededor de 1610. Véase Eric W. Allen, «International Origins of the Newspapers: The Establishment of Periodicity in Print», *Journalism Quarterly*, 7 (1930), págs. 307-319; Joseph Frank, *The Beginnings of the English Newspaper, 1620-1660*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1961, cap. 1.

Wolfenbüttel, y existe alguna evidencia que sugiere que un periódico semanal podría haber aparecido un poco antes (1607) en Amsterdam. Los semanarios impresos —o «*corantos*», como estas tempranas recopilaciones de noticias eran conocidas en aquel momento— pronto aparecieron en otras ciudades y lenguas. Las ciudades ubicadas a lo largo de las principales rutas comerciales de Europa, como Colonia, Francfort, Amberes y Berlín, se convirtieron en los primeros centros de producción de prensa periódica. Las noticias ofrecidas por los *corantos* frecuentemente eran facilitadas por los administradores de correos, que recopilaban las noticias en sus regiones y luego las enviaban a las principales ciudades. Un simple individuo podía dedicarse a ensamblar y editar los informes de los administradores de correos, e imprimirlos en forma de series de párrafos cortos con una leyenda en la que constaba la fecha y lugar de origen de la información. Los semanarios también podían ser traducidos a otras lenguas y vendidos en ciudades y países diferentes.

Hacia 1620 Amsterdam se había convertido en el centro de un floreciente comercio de noticias. Había un creciente interés del público en la Guerra de los Treinta Años, lo cual estimuló el desarrollo de la bisona industria periodística. El primer periódico que apareció en inglés fue probablemente editado en Amsterdam, en 1620, por el impresor y grabador holandés Pieter van den Keere y exportado a Londres.<sup>39</sup> Entre el 2 de diciembre de 1620 y el 18 de septiembre de 1621 aparecieron quince ediciones del *coranto* de Van den Keere. Aunque no era una publicación semanal aparecía de manera regular, informando a sus lectores sobre la Guerra de los Treinta Años. El primer *coranto* impreso en Inglaterra fue probablemente editado por el papelerero londinense Thomas Archer en 1621, quien sería posteriormente encarcelado por publicar sin licencia un folleto de noticias sobre la guerra en el Palatinado; sin embargo, no tardarían en aparecer otros *corantos* y panfletos de noticias ingleses.

La mayoría de estos primeros noticieros se ocupaban en especial de noticias extranjeras, es decir, de acontecimientos que tenían lugar (o habían tenido lugar) en lugares lejanos. Los individuos que leían estos periódicos, o los escuchaban al ser leídos en voz alta por otros, se informaban de acontecimientos que sucedían en otros lugares de Europa, acontecimientos de los que no podían ser testigos directos en lugares que nunca, con toda

39. Frank, *The Beginnings of the English Newspaper*, pág. 3.

probabilidad, llegarían a visitar. De ahí que la circulación de las primeras formas de noticieros ayudara a crear el sentido de un mundo de acontecimientos más allá del entorno inmediato de los individuos, pero que tenía alguna relevancia, y potencialmente alguna relación, con su vida. Además, la ubicación geográfica de este mundo permaneció completamente limitada a principios del siglo XVII: raramente se extendía más allá de las principales ciudades y países de Europa. Por otro lado, la circulación de los primeros noticieros era muy escasa comparada con los actuales estándares (se ha estimado que los primeros noticieros tenían una tirada de cerca de cuatrocientas copias),<sup>40</sup> y en muchos casos es probable que no sobrepasaran esta cifra, aunque, sin duda, los periódicos eran leídos por más de un individuo y comúnmente en voz alta. Sin embargo, la importancia de este nuevo modo de difusión informativa, por el que los informes impresos de acontecimientos distantes estuvieron regularmente disponibles para un ilimitado número de receptores, no debería ser infravalorada.

Aunque los primeros *corantos* se ocuparon principalmente de noticias extranjeras, no faltó mucho tiempo para que los periódicos empezaran a prestar atención a los acontecimientos domésticos. En Inglaterra este desarrollo tendría que esperar hasta 1640, cuando el estricto control del gobierno sobre la prensa empezó a debilitarse. Desde 1586 un decreto de la *Star Chamber* había establecido un sistema de licencia y censura generalizado (complementado por otro decreto en 1637), que limitaba el número de imprentas en Inglaterra y asignaba un censor específico para cada tipo de publicación. Sin embargo, en la medida en que la crisis entre Carlos I y el Parlamento se agudizó, cada vez resultó más difícil para la Corona ejercer dicho control sobre la prensa, y en julio de 1641 se abolió la *Star Chamber*. La crisis también estimuló una demanda pública de noticias actualizadas de los asuntos políticos domésticos. Entre mediados de noviembre de 1641 y finales de diciembre de 1641 aparecieron tres nuevos semanarios locales que ofrecían los índices de las sesiones del Parlamento; y en los primeros tres meses de 1642 surgieron otros ocho periódicos, aunque la vida de alguno fue efímera.<sup>41</sup> Éste fue el principio de un período, relativamente descontrolado, de publi-

40. Folk Dahl, *A Bibliography of English Corantos and Periodical Newspapers, 1620-1642*, Londres Bibliographical Society, 1952, pág. 22.

41. Frank, *The Beginnings of the English Newspaper*, págs. 21-22.

cación de periódicos, libros de noticias y panfletos que trataban de los acontecimientos de la guerra civil y otros temas afines. Prácticamente en cada una de las semanas de 1645 se vendieron catorce periódicos en las calles de Londres, así como una infinidad de otros panfletos y folletos políticos. Aunque, después de la restauración de la monarquía en 1660 Carlos II restableció controles estrictos, en el período que va de 1641 a la Restauración la historia de la prensa vivió un momento decisivo. Fue durante este momento que las publicaciones periódicas surgirían para jugar un papel clave en las cuestiones de Estado, ofreciendo un continuo flujo de información sobre los acontecimientos en curso y expresando un variado abanico de puntos de vista —algunas veces marcadamente conflictivos— sobre diversas materias de interés público.

El desarrollo de una prensa periódica comercialmente orientada, independiente del poder del Estado, y capaz de ofrecer información y comentarios críticos sobre temas de interés general entró en una nueva fase en la Inglaterra del siglo XVIII. El sistema de licencia, reinstaurado por Carlos II en 1662, había caído en desuso a finales del siglo XVII y fue seguido por una explosión de publicaciones periódicas. El primer periódico diario en Inglaterra, el *Daily Courant* de Samuel Buckley, apareció en 1702 y pronto fue seguido por otros. Apareció una variedad de prensa especializada: había periódicos dedicados a acontecimientos culturales y al entretenimiento, otros a noticias comerciales y financieras y un tercer grupo a comentarios sociales y políticos. Estos últimos popularizaron el género del ensayo político, como el *Tatler*, el *Spectator*, el *Craftsman* de Nicholas Amhurst, el *Review* de Daniel Defoe y el *Examiner* de Jonathan Swift. Para 1750 Londres tenía cinco periódicos diarios consolidados, seis tri-semanarios, cinco semanarios y varios periódicos de temas económicos que, juntos, sumaban una circulación total de alrededor de cien mil copias por semana.<sup>42</sup> Los periódicos eran distribuidos en la ciudad por redes de vendedores ambulantes y agentes, así como por una inconexa federación de cafeterías que adquirían los más importantes y los ponían a disposición de sus clientes. Dado que muchos periódicos eran leídos en lugares públicos, como tabernas y cafeterías, el número de lectores era, con casi toda seguridad, mucho mayor que su circulación, quizá diez

42. Anthony Smith, *The Newspaper: An International History*, Londres, Thames and Hudson, 1979, págs. 56-57.

veces más. Los periódicos londinenses también se distribuían en provincias a través de un servicio postal y de coches que mejoraba de día en día.

Las autoridades políticas trataban de imponer cierto control sobre la proliferación de noticieros y publicaciones periódicas mediante la imposición de tasas especiales que, se pensaba, servirían para restringir la producción y desbancar a los periódicos más marginales, a la vez que se intentaba obtener así un incremento de los ingresos para la Corona. La *Stamp Act* de 1712 exigía a los propietarios de periódicos pagar un penique por cada hoja impresa y un chelín por cada anuncio. En leyes posteriores se incrementaría la cantidad, ampliándose las bases para la aplicación de la ley. La *Stamp Acts* levantó una agria oposición y se convirtió en caballo de batalla en la lucha por la libertad de prensa. No fue hasta la década de 1830 que las tasas se redujeron de manera paulatina, y alrededor de 1860 quedaron finalmente abolidas. Por todas partes la prensa diaria del siglo XVIII sería controlada y censurada de varias maneras.<sup>43</sup> En las Provincias Unidas la prensa gozaría de cierta libertad, aunque se le impedía discutir las políticas locales y ocasionalmente se vería envuelta en escaramuzas con la censura. En Francia el sistema centralizado y altamente restrictivo de licencias, supervisión y censura, perduró hasta la revolución; el breve período posrevolucionario en el que se gozó de libertad de prensa terminó con Napoleón, quien instituyó un estricto sistema de control. En los Estados y principados de Alemania e Italia el grado de censura oficial variaba enormemente; sin embargo, a los noticieros se les daba mayor margen para informar sobre noticias extranjeras que para discutir cuestiones de política interior.

La lucha de la prensa independiente, capaz de informar y comentar acontecimientos con un mínimo de interferencias y control estatal, jugó un papel crucial en el desarrollo del moderno Estado constitucional. Algunos de los primeros pensadores liberales y demócratas, como Jeremy Bentham, James Mill y John Stuart Mill, fueron fervientes defensores de la libertad de prensa. Veían la libre expresión de la opinión a través de los órganos de una prensa independiente como la salvaguarda vital contra el uso

43. Para una discusión más detallada de la historia del control político y la censura de la prensa, véase F. S. Siebert, *Freedom of the Press in England, 1476-1776*, Urbana, University of Illinois Press, 1952; A. Aspinall, *Politics and the Press, c. 1780-1850*, Brighton, Harvester, 1973; Smith, *The Newspaper*, caps. 3-5.



despótico del poder estatal.<sup>44</sup> Resulta significativo que, a continuación de su exitosa guerra de Independencia contra la Corona Británica, los colonos americanos incorporaran el derecho a la libertad de prensa en la Primera Enmienda de la Constitución. De manera parecida, las constituciones francesas posrevolucionarias de 1791 y 1793, elaboraron la Declaración de los Derechos Humanos de 1789, protegiendo explícitamente la libertad de expresión (incluso si esta libertad fue posteriormente abolida por Napoleón). Finalmente varios gobiernos europeos adoptaron garantías estatutarias para la libertad de expresión de ahí que para finales del siglo XIX la libertad de prensa se hubiera convertido en el rasgo constitucional característico de muchos Estados occidentales.

#### *La teoría de la esfera pública: un planteamiento preliminar*

Aunque la importancia de una prensa independiente era evidente para muchos de los primeros pensadores liberales y liberaldemócratas, es éste un tema que ha quedado oculto, con pocas excepciones, en el trabajo de los teóricos sociales y políticos más recientes. Una excepción es el trabajo pionero de Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere*.<sup>45</sup> Habermas sostiene que el desarrollo del capitalismo mercantil en el siglo XVI, junto con las cambiantes formas institucionales del poder político, crearon las condiciones para que, a principios de la Europa moderna, surgiera una nueva forma de esfera pública. En este contexto, el significado de «autoridad pública» empezó a cambiar; comenzó entonces a referirse menos al dominio de la vida cortesana y, cada vez más, a las actividades de un floreciente sistema estatal que había definido legalmente las esferas de juris-

44. Véase especialmente James Mill, «Liberty of the Press», en sus *Essays on Government, Jurisprudence, Liberty of the Press and Law of Nations*, Nueva York, Kelly, 1967; John Stuart Mill, «On Liberty», en su *Utilitarianism, On Liberty and Considerations on Representative Government*, edición a cargo de H. B. Acton, Londres, Dent, 1972. Volveré sobre estas cuestiones en el cap. 8.

45. Véase Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge, Polity Press, 1989. Para una exposición más detallada y crítica del argumento de Habermas, véase Craig Calhoun (comp.), *Habermas and The Public Sphere*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1992; John B. Thompson, «The Theory of the Public Sphere», *Theory, Culture and Society*, 10 (1993), págs. 173-189.

dicción y el monopolio del uso legítimo de la violencia. Al mismo tiempo, surgió la «sociedad civil» con un dominio de relaciones económicas privatizadas que se establecieron bajo la tutela de la autoridad pública. El reino de lo «privado», pues, comprendía tanto el dominio en expansión de las relaciones económicas como la esfera íntima de las relaciones personales, cada vez más desvinculadas de la actividad económica y ancladas en la institución de la familia conyugal. Entre la esfera de la autoridad pública o el Estado, de una parte, y la esfera privada de la sociedad civil y las relaciones personales, de la otra, emergió una nueva esfera de «lo público»: una esfera pública burguesa cuyos individuos particulares se reunían para discutir entre ellos la regulación de la sociedad civil. Esta nueva esfera pública no era parte del Estado sino, por el contrario, un ámbito en el que sus actividades podían ser cuestionadas y sujetas a crítica. El medio de esta confrontación era significativo por sí mismo: se trataba del uso público de la razón, un uso articulado por individuos particulares dedicados a argumentar de forma *en principio* abierta y libre de obligaciones.

En relación al surgimiento de la esfera pública burguesa, Habermas concede una especial importancia a la aparición de la prensa periódica. Los semanarios críticos y morales que aparecen en Europa a finales del siglo XVII y durante el XVIII brindaron un nuevo *forum* para dirigir el debate público. Aunque estas publicaciones hubieran empezado como periódicos dedicados a la crítica literaria y cultural, poco a poco se vieron envueltos en cuestiones de mayor significación social y política. Por otra parte, aparecieron diversos centros sociales en los pueblos y ciudades de principios de la Europa moderna. Estos incluían salones y cafeterías que, desde mediados del siglo XVII en adelante, se convertirían en lugares de discusión y encuentro en los cuales las élites educadas podían comunicarse entre sí y con la nobleza en términos de, más o menos, cierta igualdad.

Fue en la Inglaterra de principios del siglo XVIII que se crearon condiciones más favorables para la aparición de la esfera pública burguesa. La censura y el control político sobre la prensa fue menos estricto que en otras partes de Europa, y proliferaron los folletos y publicaciones periódicas. Al mismo tiempo, se popularizaron las cafeterías; para la primera década del siglo XVIII se ha estimado que, sólo en Londres, había unas tres mil cafeterías, cada una con su núcleo de clientes regulares. Muchos de los nuevos periódicos estaban estrechamente relacionados con

la vida de las cafeterías, en las que eran leídos y discutidos por individuos que se reunían para debatir juntos las cuestiones diarias.

Parte del argumento de Habermas sostiene que la discusión crítica estimulada por la prensa periódica tuvo, a la larga, un impacto transformador en la forma institucional de los Estados modernos. Al ser continuamente solicitado el consenso público, el Parlamento se abrió cada vez más al escrutinio, abandonando finalmente su derecho a prevenir la publicación de sus sesiones. El Parlamento igualmente se hizo más sensible a la prensa y empezó a jugar un papel más constructivo en la formación y articulación de la opinión pública. Estos y otros desarrollos tuvieron un considerable significado; son un testimonio permanente del impacto político de la esfera pública burguesa y del rol que jugó en la formación de los Estados occidentales. Sin embargo, Habermas también sostiene que, en la forma específica en que existía en el siglo XVIII, la esfera pública burguesa no podía durar mucho tiempo. Volveremos sobre este aspecto más adelante.

El argumento de Habermas, brevemente esbozado en estas líneas, posee el considerable mérito de dar un amplio sentido político al desarrollo de la prensa periódica de principios de la Europa moderna. Tal desarrollo está tratado no como una historia al margen de los procesos sociohistóricos más generales, sino más bien como parte integral de ellos. A pesar de todo, permanecen muchas dificultades con la explicación de Habermas. En capítulos posteriores examinaré en detalle la concepción del espacio público implícito en esta relación y las cuestiones normativas que se desprenden de ella. Aquí me limitaré a destacar algunos problemas de carácter histórico.

1. Una de las críticas más frecuentes hechas a la explicación de Habermas es que, al centrar su atención en la esfera pública burguesa, tiende a olvidar el significado de otras formas de discurso público y actividades sociales que existieron en la Europa de los siglos XVII, XVIII y XIX, formas que no pertenecían al mundo propio de la sociabilidad burguesa, a la que se oponían y de la que eran excluidas.<sup>46</sup> Los trabajos de E. P. Thompson,

46. Véase Oskar Negt y Alexander Kluge, *Öffentlichkeit und Erfahrung. Zur Organisationsanalyse von bürgerlicher und proletarischer Öffentlichkeit*, Frankfurt, Suhrkamp, 1972; Günther Lottes, *Politische Aufklärung und plebejisches Publikum. Zur Theorie und Praxis des englischen Radikalismus im späten 18. Jahr-*

Christopher Hill y otros han destacado el significado de los diversos movimientos populares de carácter social y político a principios de la era moderna,<sup>47</sup> y no se puede asumir que estos movimientos fueran derivados, u organizados a lo largo de líneas similares, de las actividades que tenían lugar en la esfera pública burguesa. Por el contrario, las relaciones entre esta esfera pública burguesa y los movimientos sociales populares eran con frecuencia conflictivas.<sup>48</sup> En el momento en que la naciente esfera pública burguesa se definió a sí misma en oposición a la autoridad tradicional del poder real, también se enfrentó a la aparición de los movimientos populares que intentaba contener.

Se trata de una línea de crítica contundente que dice mucho en favor de la reputación de Habermas, pues al reflexionar sobre estas cuestiones treinta años después,<sup>49</sup> reconoce las limitaciones de su anterior enfoque. No sólo existieron, a principios de la era moderna, movimientos sociales populares mucho más importantes que los habidos anteriormente, sino también queda claro que no pueden ser adecuadamente entendidos a la manera de «variante» del modelo liberal de la esfera pública burguesa, como de forma un tanto precipitada había sugerido.<sup>50</sup> Una relación satisfactoria tanto de los movimientos sociales populares como de las formas culturales requeriría una aproximación más flexible que tuviera en cuenta su perfil y dinámica propios.

2. De manera similar, puede cuestionarse el énfasis de Habermas sobre la prensa periódica de principios del siglo XVIII. No resulta difícil darse cuenta de por qué Habermas se ocupa de este asunto: periódicos políticos como el *Review* de Defoe y el *Examiner* de Swift ejemplifican el tipo de cultivado criticismo y

*hundert*, Munich, Oldenbourg, 1979; Geoff Eley, «Nations, Publics, and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century», en Calhoun (comp.), *Habermas and the Public Sphere*, págs. 289-339; Arlette Farge, *Subversive Words: Public Opinion in Eighteenth-Century France*, Cambridge, Polity Press, 1994.

47. Véase especialmente E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, 1968; y Christopher Hill, *The World Turned Upside Down*, Harmondsworth, Penguin, 1975.

48. Eley, «Nations, Publics, and Political Cultures», págs. 306, 321.

49. Véase Jürgen Habermas, «Further Reflections on the Public Sphere», en Calhoun (comp.), *Habermas and the Public Sphere*, págs. 421-461.

50. Véase el prefacio de Habermas en *The Structural Transformation of the Public Sphere*, pág. XVIII.

debate que Habermas quería incluir en la idea de la esfera pública. Sin embargo, estos periódicos no fueron de ninguna manera los primeros ni los más comunes de las primeras formas de material impreso. Como hemos visto, el siglo XVII —especialmente durante los años de la guerra civil inglesa— fue un momento de intensa publicación de periódicos; además, un amplio abanico de otros materiales impresos, desde libros y panfletos hasta folletos informativos y carteles, habían estado circulando por Europa por lo menos dos siglos antes de que se fundaran publicaciones periódicas del tipo del *Review* y el *Examiner*. Los fundamentos de Habermas para excluir estas primeras formas de material impreso, a la vista de su argumentación, no quedan del todo claras.<sup>51</sup> Además, si Habermas hubiera concedido mayor atención a otras formas de material impreso podría haber pintado un retrato distinto del carácter de la esfera pública a principios de la era moderna, uno que hubiera puesto menos énfasis en la idea de los sujetos implicados en los debates de las cafeterías y destacara algo más el carácter comercial de la primera prensa y, en cierta medida, el contenido difamatorio y sensacionalista de muchos de sus productos.

3. Un tercer problema de la argumentación de Habermas tiene que ver con la naturaleza restrictiva de la esfera pública burguesa. Resulta claro que Habermas observó este modelo como una idealización de los procesos históricos actuales. Aunque la esfera pública burguesa se fundaba en el principio del acceso universal, en la práctica estaba restringida a aquellos individuos que habían tenido los medios educativos y financieros para participar en ella. Lo que no se desprende de manera clara de la explicación de Habermas, a pesar de todo, es la medida en que la esfera pública burguesa estuvo no sólo restringida a las élites educadas y propietarias, sino también a una reserva predominantemente masculina. Habermas no parece consciente de la marginación de la mujer en la esfera pública burguesa y en el carácter patriarcal de la familia burguesa. Sin embargo, se puede alegar con cierta plausibilidad que en el momento de escribir *Structural Transformation* no se apreciaba el pleno significado de este tema.

51. Para una breve y algo crítica alusión a esta cuestión, véase Jürgen Habermas, «Concluding Remarks», en Calhoun (comp.), *Habermas and the Public Sphere*, págs. 464-465.

En los últimos años un determinado número de universitarias feministas han examinado el género de la esfera pública y del discurso político a principios de la era moderna, y han esbozado una serie de cuestiones que permanecían soterradas en la explicación de Habermas.<sup>52</sup> Joan Landes se centra en Francia, en el período que va desde 1750 a 1850, y sostiene que la exclusión de las mujeres de la esfera pública no fue sólo una circunstancia histórica contingente, uno de los muchos aspectos en los que, en la práctica, la esfera pública pareció rebajar sus ideales; al contrario, la exclusión de la mujer fue constitutiva de la noción de esfera pública. En cuanto a la noción de esfera pública, según se articulaba en el discurso político de aquellos tiempos, fue yuxtapuesta a la esfera privada de una manera específica. La esfera pública era generalmente interpretada como un dominio de la razón y la universalidad en la que sólo los hombres estaban dotados para participar en ella, mientras que las mujeres, por su supuesta inclinación al particularismo y al amaneramiento y su manera frívola de hablar, comúnmente se pensaba que encajaban mejor en la vida doméstica. De ahí que el carácter masculino de la esfera pública burguesa no fuera un aspecto incidental: era una característica fundamental de la esfera pública que, en esencia, estuvo formada por un conjunto de prejuicios profundamente arraigados sobre las diferencias del género.

Habermas ha quedado atrapado por la fuerza de su línea argumental. En la actualidad acepta que, mientras los trabajadores y campesinos, tanto hombres como mujeres, fueron ampliamente excluidos de la esfera pública burguesa, la exclusión de la mujer precisa ser pensada de manera diferente, justamente porque esta exclusión tuvo, como Habermas reconoce hoy, un «significado estructural».<sup>53</sup> Este cambio de enfoque es importante, aunque las consecuencias que podría tener en la práctica para la teoría y el análisis de la esfera pública no han sido suficientemente detallados por él.

52. Véase, por ejemplo, Joan Landes, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1988; Mary P. Ryan, *Women in Public: Between Banners and Ballots, 1825-1880*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1990; Carole Pateman, *The Sexual Contract*, Cambridge, Polity Press, 1988; Catherine Hall, *White, Male, and Middle Class: Explorations in Feminism and History*, Cambridge, Polity Press, 1992.

53. Habermas, «Further Reflections on the Public Sphere», pág. 428.

4. En términos históricos, el punto más débil de la explicación de Habermas no son probablemente los argumentos relacionados con el surgimiento de la esfera pública burguesa, sino más bien los concernientes a su presunto declive. Habermas sostiene que, mientras la esfera pública burguesa floreció con las propicias condiciones del siglo XVIII, los desarrollos posteriores gradualmente la llevaron a su transformación y desaparición. La separación entre el Estado y la sociedad civil —que había creado un espacio institucional para la esfera pública burguesa— empezó a derrumbarse en la medida en que los Estados asumieron un creciente carácter intervencionista y tomaron una mayor responsabilidad en la gestión del bienestar de los ciudadanos, y en la medida en que los intereses de grupos organizados se convirtieron en parte constitutiva del proceso político. Al mismo tiempo, las instituciones que una vez ofrecieron un *forum* a la esfera pública burguesa o bien desaparecieron o bien sufrieron un cambio radical. Las tabernas y las cafeterías perdieron atractivo, y la prensa periódica se convirtió en parte de un surtido de instituciones *mediáticas* cada vez más organizadas en relación a intereses comerciales a gran escala. La comercialización de los *media* alteró su carácter de manera fundamental: lo que una vez fue un *forum* ejemplar de debates crítico-rationales se convirtió en otro dominio de consumo cultural, y la esfera pública burguesa quedó colapsada en un falso mundo de creación de imagen y gestión de la opinión. La vida pública asumió un carácter casi-feudal. Se emplearon nuevas y sofisticadas técnicas *mediáticas* para dotar a la autoridad pública del tipo de aura y prestigio que una vez se concedió a las figuras reales mediante la publicidad casi teatral de las cortes feudales. Esta «refeudalización» de la esfera pública ha convertido la política en un *show* dirigido, en el que los líderes y partidos buscan, de vez en cuando, el consentimiento público de una población despolitizada. La masa de la población está excluida de la discusión pública y de los procesos de toma de decisiones, y tratada como un recurso que los líderes políticos pueden utilizar, con la ayuda de técnicas *mediáticas*, para obtener suficiente consentimiento y legitimar sus programas políticos.

¿Posee algún significado esta tesis de la «refeudalización» de la esfera pública? Ciertamente adquiere cierta plausibilidad *prima facie*. En el transcurso del siglo XX, y especialmente desde el advenimiento de la televisión, la conducta de los políticos se ha convertido en inseparable de la gestión de las relaciones públicas (o desde lo que llamaré, en un capítulo posterior, «la gestión de

la visibilidad»). Sin embargo si examinamos el argumento de Habermas con más detenimiento, resulta manifiesto que adolece de ciertas debilidades. Permítaseme destacar un par de ellas. En primer lugar, el argumento de Habermas tiende a asumir, de manera muy cuestionable, que los receptores de los productos mediáticos son consumidores relativamente pasivos que están cautivados por el espectáculo y que pueden ser manipulados con facilidad por las técnicas *mediáticas*. Al hacer este juicio, Habermas estaba traicionando su deuda con el trabajo de Horkheimer y Adorno, cuya teoría de la cultura de masas abasteció parte de la inspiración de su propia explicación. Hoy en día queda claro, sin embargo, que este argumento exagera la pasividad de los individuos y omite los aspectos del proceso de recepción. Suposiciones de este talante piden ser reemplazadas por una explicación más contextualizada, hermenéuticamente sensible a la manera en que los individuos reciben los productos *mediáticos*, los utilizan y los incorporan a sus propias vidas.

Un segundo problema del argumento de Habermas concierne a su afirmación de que la esfera pública de las sociedades modernas ha sido «refeudalizada». No resulta difícil ver por qué Habermas hizo esta afirmación: la espectacularidad característica de la actual política mediática y su preocupación por cultivar un aura personal, antes que estimular el debate crítico, podría parecerse, al menos a primera vista, al tipo de «propiedad pública representativa» típica de la edad media. Sin embargo la similitud es más aparente que real. Como trataré de demostrar en los siguientes capítulos, el desarrollo de los medios de comunicación ha creado nuevas formas de interacción, nuevas maneras de visibilidad y nuevas redes de difusión de la información en el mundo moderno, todo lo cual ha alterado el carácter simbólico de la vida social tan profundamente que cualquier comparación entre la política *mediática* actual y las prácticas teatrales de las cortes feudales es, a lo sumo, superficial. En vez de comparar la arena mediática de finales del siglo XX con una edad de antaño, necesitamos pensar de nuevo lo que significa la «propiedad pública» hoy en día, en un mundo saturado por las nuevas formas de comunicación y difusión de la información, donde los individuos son capaces de interaccionar unos con otros y de observar personas y acontecimientos sin encontrarse con ellos en el mismo plano espacio-temporal.

Aunque el argumento de Habermas concerniente al destino de la esfera pública resulta defectuoso en varios sentidos, tiene

razón al llamar la atención sobre el hecho de que las industrias *mediáticas* experimentaron grandes cambios en el decurso de los siglos XIX y XX. La explicación de Habermas sobre estos cambios —entre los que destaca sobre todo la creciente comercialización de los *media*— resulta apenas satisfactoria, y las implicaciones que da devienen cuestionables, como hemos podido ver. Sin embargo, si uno desea seguir la pista del impacto de los medios de comunicación resulta esencial el análisis institucional del carácter cambiante de las industrias *mediáticas*.

### *El crecimiento de las industrias mediáticas: una panorámica*

Quiero concluir este capítulo señalando algunas de las tendencias principales del desarrollo de las industrias *mediáticas* desde principios del siglo XIX. Destacaré tres tendencias: 1) la transformación de las instituciones *mediáticas* en empresas con intereses comerciales a gran escala; 2) la globalización de la comunicación; y 3) el desarrollo de formas de comunicación *mediáticas* electrónicas. Mi análisis de estas tres tendencias será breve. Algunos de los desarrollos han sido documentados exhaustivamente en la bibliografía al respecto, y algunas de las cuestiones destacadas por ellos serán mantenidas en detalle en los próximos capítulos.

1. La transformación de las instituciones *mediáticas* en compañías con intereses comerciales a gran escala es un proceso que se inició a principios del siglo XIX. Por supuesto, la comercialización de los productos *mediáticos* no era un fenómeno nuevo; las primeras imprentas, como hemos visto, eran fundamentalmente organizaciones comerciales orientadas a la producción de bienes de consumo simbólicos. Sin embargo, en el transcurso del siglo XIX la escala de la comercialización se incrementó significativamente. Esto fue debido, en parte, a una serie de innovaciones tecnológicas en la industria de la impresión y, también, a la transformación gradual de las bases financieras de las industrias *mediáticas* y sus métodos de valoración económica. Las innovaciones técnicas, como el desarrollo de la prensa de vapor de Koenig y, posteriormente, la prensa de impresión rotatoria, incrementaron en gran medida la capacidad reproductiva de la industria de la impresión. Ello permitió que la producción de noticias y otros materiales impresos quedara sujeta a una serie de pro-

cesos —incluyendo la utilización de la maquinaria eléctrica, la ramificación de la división del trabajo dentro de un sistema fabril, etc.— los cuales revolucionaron otras esferas de la producción de bienes de consumo. Al mismo tiempo, muchas sociedades occidentales experimentaron un sustancial crecimiento de la población urbana y, durante la segunda mitad del siglo XIX, se incrementó de manera significativa el porcentaje de gente alfabetizada, dando lugar a la creciente expansión de un mercado para los materiales impresos.

En la medida en que la industria de la impresión fue mecanizándose de manera progresiva y el mercado extendiéndose, las bases financieras de la prensa empezaron a cambiar. Mientras que los periódicos del siglo XVII y XVIII habían estado dirigidos, sobre todo, a un sector restrictivo de la población relativamente acomodado y bien instruido, la industria periodística de los siglos XIX y XX fue orientándose progresivamente hacia públicos más amplios.

Los desarrollos tecnológicos y la derogación de impuestos permitió rebajar los precios, de ahí que muchos periódicos adoptaran, con el fin de atraer a mayor número de lectores, un estilo más atractivo y mundano, así como una presentación más vívida.<sup>54</sup>

En la medida en que se amplió el número de lectores, la publicidad comercial asumió un papel cada vez más importante en la organización financiera de la industria; los periódicos se convirtieron en un medio imprescindible para la venta de otros bienes y servicios, y su capacidad para conseguir ingresos procedentes de la publicidad quedó directamente vinculado al número y perfil de los lectores. Los periódicos —y en cierta medida otros sectores de la prensa— se convirtieron progresivamente en empresas comerciales que requerían cierta cantidad de capital, con el fin de iniciar y mantener sus actividades, ante la creciente presión de la competitividad. El tradicional propietario-editor que poseía uno o dos periódicos como empresa familiar fue transformándose gradualmente en organizaciones multimedia y cadenas de periódicos a gran escala.

La historia social y económica de las industrias *mediáticas* del siglo XX está bien documentada y no hay necesidad de describir-

54. Véase Alan J. Lee, *The Origins of the Popular Press in England 1855-1914*, Londres, Croom Helm, 1976.

la aquí en detalle.<sup>55</sup> Los procesos de crecimiento y consolidación llevaron a la creciente concentración de recursos en muchos sectores de la industria, con unas pocas organizaciones que dirigían grandes participaciones del mercado. El grado de concentración resulta particularmente llamativo en la industria de la prensa periódica (aunque ello no significa que sea único); a principios de 1990, en Gran Bretaña, por ejemplo, cuatro grandes grupos mediáticos controlaban alrededor del 92 por ciento de la circulación de los diarios nacionales<sup>56</sup> y alrededor del 89 por ciento de la circulación de los dominicales. Además, los procesos de crecimiento y consolidación han asumido progresivamente un carácter *multimedia*, en la medida en que grandes corporaciones adquieren importantes intereses en varios sectores de las industrias *mediáticas*, desde periódicos locales y nacionales hasta televisión terrestre y vía satélite, desde la publicación de libros y revistas hasta la producción y distribución cinematográfica. Frente al poder económico de las grandes corporaciones, muchas organizaciones *mediáticas* más pequeñas han quedado excluidas

55. Para una breve selección de libros relevantes, véase George Boyce, James Curran y Pauline Wingate (comps.), *Newspaper History from the Seventeenth Century to the Present Day*, Londres, Constable, 1978; James Curran y Jean Seaton, *Power Without Responsibility: The Press and Broadcasting in Britain*, 4a ed., Londres, Routledge, 1991; Ben H. Bagdikian, *The Media Monopoly*, 4a ed., Boston, Beacon Press, 1992; Jeremy Tunstall y Michael Palmer, *Media Moguls*, Londres, Routledge, 1991; Alfonso Sánchez-Taberner, *Media Concentration in Europe: Commercial Enterprise and the Public Interest*, Dusseldorf, European Institute for the Media, 1993. Para un sumario de las principales tendencias, véase John B. Thompson, *Ideology and Modern Culture: Critical Social Theory in the Age of Mass Communication*, Cambridge, Polity Press, 1990, especialmente págs. 193-205.

56. «From Press Baron to Media Mogul», *Labour Research* (noviembre de 1993), págs. 11-12. Los cuatro grupos son Rupert Murdoch, News International (propietaria de *Sun*, *The Times*, *Today*, *News of the World* y *Sunday Times*); el Mirror Group (anteriormente el imperio de Robert Maxwell, propietario del *Daily Mirror*, *Sunday Mirror*, *People*, *Sporting Life*, *Sunday Mail* y *Daily Record*); United Newspapers (*Daily Express*, *Sunday Express*, *Daily Star*); y Viscount Rothermere, *Daily Mail* and General Trust (*Daily Mail*, *Mail on Sunday*).

Las pautas de concentración varían de un país a otro y de un sector de la industria a otro, reflejando las diferentes condiciones bajo las que las industrias mediáticas se han desarrollado. En los Estados Unidos, por ejemplo, se encuentran muy pocos periódicos nacionales (si es que se encuentra alguno), pero existen alrededor de 1.600 periódicos diarios locales o regionales. A finales de 1980, 14 grandes corporaciones controlaban más de la mitad de las empresas de periódicos en los EEUU, véase Bagdikian, *The Media Monopoly*, págs. 17 y sigs.

del mercado o han sido forzadas a fusionarse con otras para defenderse. Sin embargo, la creciente concentración de los recursos no ha eliminado la totalidad de las organizaciones más pequeñas o ahogado el desarrollo de nuevas empresas capaces de explotar innovaciones tecnológicas, ofreciendo servicios a mercados especializados y una amplia variedad de información o servicios relacionados con la comunicación. En muchos sectores de las actuales industrias *mediáticas*, el predominio de las grandes corporaciones coexiste con un impresionante despliegue de pequeñas organizaciones de producción y servicios, muchas de las cuales están interconectadas a través de subcontrataciones y fuentes de ingresos externas.<sup>57</sup>

Parcialmente, a través de las fusiones, las adquisiciones de compañías y otras formas de diversificación, han surgido grandes conglomerados de comunicación a gran escala que han asumido un papel cada vez más relevante en el dominio de los *media*.

Los conglomerados de comunicación son organizaciones *multimedia* transnacionales que poseen intereses en una variedad de industrias vinculadas con la información y la comunicación. La diversificación a gran escala permite a las grandes corporaciones expandirse en formas que eluden las restricciones sobre la propiedad que se aplican en muchos contextos nacionales; también permite a las corporaciones beneficiarse de cierto tipo de subsidio cruzado. Actualmente los mayores conglomerados de comunicaciones —como *Time Warner*, el grupo *Bertelsmann*, la *Néw Corporation* de Rupert Murdoch, el *Fininvest* de Silvio Berlusconi— se han convertido en piezas clave de las industrias *mediáticas*. Estas grandes concentraciones de poder económico y simbólico ofrecen bases institucionales para la producción de información y contenido simbólico y su circulación a escala global.

2. La globalización de la comunicación es un proceso cuyos orígenes pueden ser rastreados hasta mediados del siglo XIX. En

57. La industria televisiva británica ofrece un buen ejemplo de esta coexistencia. Mientras que la BBC y las principales compañías de ITV siguen siendo las organizaciones dominantes que controlan una gran proporción de los recursos, existen muchas compañías pequeñas e independientes, establecidas básicamente en Londres, que emiten programas financiados por Channel Four, a comisión, y, cada vez más, por la BBC e ITV. Véase Jeremy Tunstall, *Television Producers*, Londres, Routledge, 1993; Scott Lash y John Urry, *Economies of Signs and Space*, Londres y Thousand Oaks, Calif., Sage, 1994, cap. 5.

los siglos anteriores, los materiales impresos eran generalmente transportados a grandes distancias a través de las fronteras de los Estados, reinos y principados. Sin embargo, en el transcurso del siglo XIX el flujo internacional de información y comunicación asumió una forma de organización mucho más amplia. El desarrollo de agencias de noticias internacionales, con sede en las principales ciudades de Europa, junto a la expansión de las redes de comunicación que vinculaban regiones periféricas de los imperios con sus centros europeos, establecieron los principios de un sistema global de comunicación e información que, progresivamente, ha ido ramificando y aumentando su complejidad. Me reservaré el análisis de este sistema y sus consecuencias para un capítulo posterior.

3. La utilización de la energía eléctrica para los propósitos de la comunicación consta entre los grandes descubrimientos del siglo XIX. Las claves de la innovación técnica son bien conocidas.<sup>58</sup> Los primeros experimentos con la telegrafía electromagnética tuvieron lugar en la década de 1830, en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, y los primeros telégrafos viables se establecieron en la década de 1840. La transmisión electromagnética se adaptó con éxito a los propósitos de la transmisión del habla en la década de 1870, abriendo el paso al desarrollo comercial del sistema telefónico a escala comercial. Durante la última década del siglo XIX, Marconi y otros empezaron a experimentar con la transmisión de señales a través de ondas electromagnéticas, logrando así librarse de la necesidad de comunicar por cable. En 1898 Marconi transmitió de manera exitosa señales a través de 23 kms de mar, y en 1899 transmitió a lo largo del Canal de la Mancha. La tecnología para la transmisión del habla a través de ondas electromagnéticas se desarrolló durante la primera década del siglo XX por Fessenden y otros. Después de la I Guerra Mundial, Westinghouse en los Estados Unidos y Marconi en Inglaterra experimentaron con la radiodifusión—esto es, con la transmisión de mensajes a través de ondas electromagnéticas dirigidas a una audiencia indeterminada y potencialmente

58. Para más detalles respecto a las innovaciones técnicas, véase M. MacLaren, *The Rise of the Electrical Industry during the Nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1943; D. G. Tucker, «Electrical Communication», en T. I. Williams (comp.), *A History of Technology*, vol. 6: *The Twentieth Century c. 1900 to c. 1950*, Oxford, Oxford University Press, 1978.

inmensa—. El desarrollo posterior de los sistemas de radiodifusión—radio a partir de 1920 y televisión desde finales de 1940—fue rápido e imparable.

El desarrollo y explotación de estas variadas tecnologías se interrelacionó de manera compleja con el poder económico, político y coercitivo. Los intereses comerciales, políticos y militares jugaron un papel fundamental en la expansión de las redes de cable durante la segunda mitad del siglo XIX, como veremos en un capítulo posterior. Los primeros experimentos de Marconi con la telegrafía sin hilos fueron financiados por la *British Post Office*, el *Admiralty* y la *War Office*, y sus primeros contratos comerciales se establecieron con la marina británica. Al reconocer el potencial económico y el significado estratégico de la radio, los gobiernos y estamentos militares británicos, alemanes y norteamericanos jugaron un activo papel en su desarrollo.<sup>59</sup> La posterior evolución de los sistemas de radiodifusión tuvo lugar dentro de estructuras institucionales que variaron significativamente de un contexto nacional a otro y que representaban algún tipo de acuerdo—sujeto a la continua revisión y renegociación—entre los intereses comerciales de la industrias *mediáticas*, de una parte, y las preocupaciones políticas para regular, cultivar y controlar los nuevos medios, de otra.

El legado del entorno *mediático* de finales del siglo XIX y principios del siglo XX está cambiando en la actualidad. En parte, es el resultado de la intensificación de procesos que se iniciaron hace más de un siglo: el crecimiento de los conglomerados de comunicación ha continuado, y sus actividades depredatorias, en muchos contextos facilitadas por la relajación de los controles gubernamentales, han alcanzado cuotas extremas; además y, los procesos de globalización han ganado profundidad, en la medida en que arrastran a lejanas partes del globo hacia más complejas y complejas redes de interdependencia. Pero hay también nuevos factores que influyen en el proceso. Entre estos se encuentra el desarrollo de nuevas formas de procesar la información basados en sistemas digitales de codificación, y la convergencia gradual de tecnologías de información y comunicación hacia un sistema digital de transmisión, procesado y almacena-

59. Véase W. R. Maclaren, *Invention and Innovation in the Radio Industry*, Nueva York, Macmillan, 1949; S. G. Sturney, *The Economic Development of Radio*, Londres, Duckworth, 1958.

miento común.<sup>60</sup> Estos desarrollos están creando un nuevo escenario técnico en el cual la información y el contenido simbólico pueden ser convertidos rápidamente, y con relativa facilidad, a diferentes formas. Ofrecen la posibilidad de una flexibilidad mucho mayor, tanto en el manejo como en la transmisión de la información. Exploraremos algunas de las implicaciones de estos desarrollos –así como algunas de las afirmaciones más optimistas asociadas a ellas– en posteriores capítulos. Sin embargo, primero quiero volver sobre las cuestiones tratadas en este capítulo y tratar de elaborar maneras diferentes de pensar los desarrollos que hemos rastreado.

### 3. El desarrollo de la interacción mediática

A lo largo de la historia de la humanidad, la mayoría de formas de interacción social han sido cara a cara. Los individuos se han relacionado unos con otros principalmente reuniéndose e intercambiando formas simbólicas, o participando en otras formas de acción dentro de un espacio físico compartido. Las tradiciones tenían un carácter fundamentalmente oral y dependían de un continuo proceso de renovación para su supervivencia, a través de la narración de historias y actividades afines, en contextos de interacción cara a cara.<sup>61</sup> De aquí que las tradiciones fueran, de alguna manera, indefinidas en términos de contenido, ya que el proceso de renovación suponía una serie de actos creativos en los cuales los individuos reiteraban, de la mejor manera que podían, expresiones y acciones que quedaban impresas en su memoria o conducta (de manera muy parecida a como un trovador medieval habría reinventado una historia cada vez que la contaba). Igualmente, las tradiciones quedaban relativamente restringidas a términos de alcance geográfico, ya que su transmisión dependía de la interacción cara a cara y del movimiento físico de los individuos de un lugar a otro.

60. Véase Peter Hall y Paschall Preston, *The Carrier Wave: New Information Technology and the Geography of Innovation, 1846-2003*, Londres, Unwin Hyman, 1988, especialmente la 4a parte.